LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

25

Francisco de Asís

Centro Editor de
América Latina

Jacques Le Goff



LOS HOMBRES de la historia

25

En 1181 ó 1182 nace en Asís (Italia), Francisco Bernardone que, con el tiempo, configuraría un nuevo tipo de santo, cuya santidad se reveló, más que a través de los milagros - por cierto numerosos - y la ostentación de virtudes - por lo demás, raras y espléndidas -, en el arco entero de su vida ejemplar. Amigo y hermano de todas las criaturas y de todo lo creado, prodigó tanta solicitud y fraternal comprensión en todos, tanta caridad en el más elevado sentido de la palabra, que la historia lo considera retribuido por una idéntica simpatía y admiración general. Católico o no, quienquiera haya hablado o escrito acerca de él, ha quedado impresionado y a menudo encantado por la fascinación que emana de este personaje en el que se confunden verdad y poesía.
Pero, por encima de todo, es la novedad del mensaje de Francisco, de su estilo de vida y de apostolado, lo que sorprendió muy pronto a sus contemporáneos y continúa, todavía hoy, despertando admiración. Moderno porque moderno fue su siglo, San Francisco fue además un innovador respecto de puntos esenciales: tomando y proponiendo a Cristo mismo como modelo y no más a sus apóstoles, comprometió a la cristiandad en una imitación del Dios-Hombre que abrió para la humanidad las más altas ambiciones, un horizonte infinito; sustrayéndose él mismo a la tentación de la soledad para introducirse en medio de la sociedad viviente, en las ciudades y no en los desiertos, rompió en forma definitiva con el monaquismo de la separación del mundo; proponiéndose como programa un ideal positivo, abierto al amor hacia todas las criaturas y toda la creación, anclado en la alegría y no en la sombría pereza y en la tristeza, negándose a ser el monje ideal de la tradición, consagrado al llanto, revolucionó la sociedad medieval y cristiana y descubrió una primitiva alegría; abriendo a la espiritualidad cristiana la cultura laica caballeresca de los trovadores y la del folklore campesino, con sus animales y su universo natural, el maravilloso franciscano quebró las prohibiciones que la cultura clerical había impuesto a la cultura tradicional. También aquí, el retorno a las fuentes fue el signo y la prueba de la renovación y del progreso.
De allí que el **Pobrecillo** permanezca, no sólo como uno de los protagonistas de la historia, sino como una de las guías de la humanidad.
A dos años de su muerte, ocurrida el 3 de octubre de 1226 en la Porciúncula, fue canonizado por el Papa Gregorio IX.

Primeros títulos

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Franco Occhetto, Andreina Rossi Monti.

25 - Francisco de Asís - Cristianismo y Medioevo
Este es el tercer fascículo del tomo Cristianismo y Medioevo.
La lámina de la tapa pertenece a la sección Cristianismo y Medioevo, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo N° 25:
Alinari: p. 62 (3); p. 64 (2); p. 68 (1); p. 76 (1); p. 80 (1).
Archivo de la Basílica de San Francisco, Asís
Foto De Giovanni: p. 68 (2, 3); p. 72 (1).
Biblioteca Apostólica Vaticana: p. 64 (1).
Corpus Christi College, Cambridge: p. 68 (4).
P. Malvisi: p. 58 (1); p. 61 (1, 2); p. 62 (4, 5); p. 70-71; p. 80 (2); p. 82 (1).
L. Perugi: p. 67 (1); p. 75 (1); p. 79 (1, 2).

Traducción de Oberdan Caletti

Centro Editor de América Latina S. A.
Av. de Mayo 1365 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley.
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Este fascículo, para el cual se utilizó papel Celcote Ilustración de Celulosa Argentina S. A., se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires, en Noviembre de 1968

37

Francisco de Asís

Jacques Le Goff

1181 ó 1182
En Asís nace Francisco Bernardone.

1183
Tratado de Constanza entre Federico Barbarroja y la Liga Lombarda.

1187
Saladino conquista Jerusalén.

1200
Insurrección de la burguesía y el pueblo de Asís contra la nobleza: toma de la Roca y comienzo de la lucha contra Perusa.

1202
Batalla del Puente de San Juan. Francisco cae prisionero en Perusa.

1203-1204
Los cruzados de la cuarta cruzada conquistan Constantinopla.

1204
Enfermedad de Francisco.

1205
Franscisco marcha a la guerra en las Pullas. Visita Spoleto y regresa a Asís.

1206
Conversión de Francisco; apelación al Crucifijo de San Damián; encuentro con el leproso; renuncia a los bienes paternos. En el mismo año tiene lugar el Concilio de Montpellier en el que Santo Domingo decide combatir la herejía cátara con el ejemplo y la predicación.

1208-1229
Cruzada contra los albigenses.

1209
Invocación del Evangelio en la Porciúncula. Bernardo de Quintavalle y Pedro Cattani son los primeros adherentes de Francisco.

1210
Francisco se traslada a Roma con sus primeros doce discípulos y obtiene del papa Inocencio III la aprobación verbal de la primera Regla de los Frailes menores (perdida).

1211
La Dieta de Nuremberg proclama a Federico II, rey de Sicilia, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

1212
Cruzada de los "Niños". Victoria de los cristianos españoles sobre los musulmanes en Las Navas de Tolosa. Toma del hábito de Santa Clara en la Porciúncula. El navío en que viaja Francisco con destino a Tierra Santa es arrojado por la tormenta contra la costa dálmata.

1213
El conde Orlando de Chiusi hace donación de la Verna a Francisco.

1214
Partida de Francisco hacia Marruecos. Enferma en España y retorna a Italia.

1215
Cuarto concilio de Letrán en el que quizás ha participado Francisco. Concesión de la Carta Magna en Inglaterra.

1216
Muerte de Inocencio III en Perusa. Honorio III concede a Francisco la indulgencia de la Porciúncula (?).

1217
Capítulo de la Porciúncula: expedición de misioneros fuera de los confines de Italia. En Florencia, el cardenal Ugolino convence a Francisco, en vísperas de marcharse a Francia, de quedarse en Italia.

1219-1220
Francisco en Oriente (Egipto, Acre), se traslada probablemente en visita a los Lugares Sagrados.

1220
En Acre, Francisco se entera del martirio de varios de sus compañeros que fueron a Marruecos, y de las divergencias producidas en el seno de su Orden en Italia, a donde retorna. Deja el gobierno de la Orden a Pedro Cattani. El Cardenal Ugolino es nombrado protector de la misma.

1221
Muerte de Pedro Cattani: fray Elías es el nuevo ministro general. Francisco redacta una nueva Regla que no recibe aprobación ni de la Orden ni de la curia romana. Redacción y aprobación de la Regla de la Tercera orden.

1222
15 de agosto: Francisco predica en la Plaza Mayor de Bolonia.

1223
Francisco escribe una nueva Regla,, que aprueba Honorio III (*Regula bullata*). 25 de diciembre: Francisco celebra Navidad en Greccio.

1224
En el monte de La Verna, Francisco recibe los estigmas.

1225
Cae enfermo y permanece dos meses cerca de Santa Clara en la iglesia de San Damián, donde compone el Cántico de fray Sol y se somete en vano a tratamiento en manos de los médicos del papa, en Rieti. Trasladado a Siena, escribe su testamento (fines de 1225 o comienzos de 1226).

1226
Muerte de Francisco en la Porciúncula.

1228
El papa Gregorio IX (ex cardenal Ugolino) canoniza a Francisco (16 de julio).

1230
25 de mayo: se coloca el cuerpo de Francisco en la Basílica de Asís, cuya construcción ha comenzado fray Elías, para que sirva de tumba al Santo. 28 de setiembre. Con la bula *Quo eloganti* Gregorio IX interpreta la Regla de Francisco en sentido moderado y niega fuerza de ley al *Testamento* de Francisco en el seno de la Orden de los Frailes Menores.

1. *Margaritone* d'Arezzo, San Francisco de Asís. Segunda mitad del siglo XIII, Siena, Pinacoteca Nacional.



1

En busca del verdadero san Francisco

Nada más fácil *a priori* que presentar a san Francisco de Asís. Ha dejado muchos escritos que nos informan acerca de su sensibilidad, de sus intenciones y de sus ideas.

Amigo de la sencillez en las obras como en la vida y en su ideal, deliberadamente ignaro de las sutilezas escolásticas, no ha envuelto su pensamiento ni sus desahogos literarios con un vocabulario o un estilo docto u oscuro que requiriera un grande esfuerzo de elucidación o de interpretación. Nuevo tipo de santo, cuya santidad se reveló más que a través de los milagros —por cierto numerosos— y la ostentación de virtudes —por lo demás raras y espléndidas—, en el arco entero de toda su vida ejemplar, contó en su propio ambiente con muchos biógrafos no sólo bien documentados sino también preocupados por pintarlo en el marco de esa verdad, de esa sencillez y de esa sinceridad que siempre irradiaron de él en forma natural y espontánea. Amigo y hermano de todas las criaturas y de todo lo creado, prodigó tanta solicitud y fraternal comprensión en todos, tanta caridad en el más elevado sentido de la palabra, esto es, amor, que la historia lo considera retribuido por una idéntica simpatía y admiración afectuosa general. Todos los que han hablado o escrito acerca de él —católicos, protestantes, no cristianos y no creyentes—, todos han sido impresionados y a menudo encantados por su fascinación. La geografía y la historia también le han suministrado naturalmente el trasfondo, el ambiente íntimo que pone de manifiesto con fuerte evidencia los profundos vínculos que lo unían a su país: a su ciudad, situada a la vera de los caminos, en el punto donde se encuentran la llanura y la montaña, al alcance de los hombres y próxima a las ermitas. A su Umbria cruzada de caminos por sus montes y sus valles, llena de silencio y de rumor, de luz y de sombra, agrícola y comercial, en la que hormiguea un pueblo simple y profundo, tranquilo y apasionado, ardiente en su intimidad, pero presa a veces de bruscas llamaradas, en armonía con los árboles, la tierra, las rocas, los ríos sinuosos, poblada por una multitud de animales nobles y familiares —las cabras, los bueyes, los pájaros entre los que se distinguen las palomas, las cornejas a las que predicó, el halcón, el faisán, las abejas laboriosas y la humilde cigarra que venía a cantar en su propia mano; a Italia dividida entre el papa y el emperador, ciudades alzadas una contra otra, nobleza y pueblo, tradiciones rurales y progreso de una economía cada vez más penetrada, impregnada del dinero, y que también lo unían a su época, ese tiempo urbano, de inquietudes herejes, de entusiasmo por la cruzada, de la poesía cortesana dividida —ella también— entre la brutalidad de las pasiones y el refinamiento de los sentimientos. ¡Parece fácil encuadrarlo! Y en este luminoso trasfondo el historiador descubre otro inestimable don: la poesía que emana de san Francisco, la leyenda inspirada en él desde los tiempos en que vivía, forman parte en tanta medida de su personaje, de su vida y de su acción que en él se confunden verdad y poesía. Un siglo atrás se sorprendía ya Ernesto Renán: "de que su maravillosa leyenda pudiera ser estudiada desde muy cerca y confirmada en las grandes líneas de la crítica".

Y sin embargo . . . el simple, el límpido san Francisco, objeto de tantas narraciones y retratos, asoma detrás de una de las más intrincadas cuestiones de la historiografía medieval. Y paradójicamente se está obligado a enfrentar a este hombre, que tanto desconfiaba de los libros doctos y de la erudición, con una referencia, por lo menos, a las razones que hacen tan difícil la exploración de las fuentes.

San Francisco en sus escritos

La primera dificultad deriva de los mismos escritos de san Francisco. Ante todo el Santo, en su humildad, no habló nunca de sí mismo. Por lo tanto, no podemos esperar de su obra ninguna información precisa acerca de su vida. En ella no se encuentran más que alusiones y algunos modos de comportamiento que propone a título de ejemplo a sus hermanos. Así es como en el *Testamento*, el más "autobiográfico" de sus escritos, recuerda que siempre trató de trabajar con sus manos para que los otros frailes hicieran lo mismo: "Y yo trabajaba con mis manos, como quiero trabajar; y quiero también que trabajen todos los otros frailes, en honrado trabajo". Por otra parte, por lo menos uno de sus escritos más importantes, la primera Regla que escribió en 1209 ó 1210 para sus compañeros, parece haberse perdido. Sabemos, sobre todo por el mismo Francisco y por san Buenaventura que esa regla era breve y simple, y se componía esencialmente de algunos pasajes del Evangelio. Pero las tentativas emprendidas por ciertos historiadores para reconstruirla son demasiado aventuradas, y es imposible apoyarse en este documento fundamental para decidir si en esta época Francisco había aceptado la idea de hacer de sí y de sus partidarios una nueva "orden" integrada en el seno de la Iglesia, o si no pensaba más que en la constitución de un pequeño núcleo de laicos, independiente del organismo eclesiástico. Se han perdido igualmente —salvo descubrimientos improbables debidos al celo con que los eruditos "franciscanizantes" han agotado el material de los archivos y bibliotecas— cartas, poemas y cantos. Hemos conservado de estos poemas, el que probablemente fuera la obra maestra del santo, el *Cántico del hermano Sol*, pero si hubiéramos conservado los otros, parte en latín, parte en italiano, e incluso otros tal vez en francés, tendríamos una imagen completa de san Francisco poeta, que representa un momento esencial de su personalidad.

Estas pérdidas van acompañadas de incertidumbre acerca de la autenticidad de algunos de los escritos que nos han sido trasmitidos bajo el nombre de San Francisco. Estas dudas no conciernen sino a los textos considerados en general como secundarios; pero para algunos de ellos el planteo de la discusión no carece de importancia para el conocimiento del pensamiento del santo. Así la *carta* dirigida *"a todas las potestades, a todos los cónsules, jueces y rectores del mundo entero, como a todos los otros a los cuales puede llegar el documento"* y conocida bajo el nombre de *Carta a los regidores de los pueblos*, no puede ser atribuida a san Francisco sino en razón de su contenido. Ninguna prueba externa permite afirmar su autenticidad. Ahora bien, si las recomendaciones que contiene esa carta pueden corresponder a las intenciones, por lo demás bien conocidas, del Santo, si la exhortación que formula a los gobernantes en el sentido de respetar y hacer respetar los mandamientos de Dios parecen convenir a una época en que la cristiandad abarcaba al mismo tiempo el poder temporal y el poder espiritual, y a un hombre que siempre se preocupó por restablecer la concordia, la paz, el amor en las comunidades civiles y por contribuir a la salud de las colectividades como a la de los individuos, la carta en cuestión presenta también ciertos aspectos desconcertantes. La insistente alusión a la proximidad del fin del mundo evoca más las ideas apocalípticas de ciertos ambientes franciscanos del siglo XIII que la posición propia de san Francisco que, si más de una vez se ha referido a la importancia de la preparación para el Juicio final en la vida de los cristianos y de los clérigos, no parece haber creído en la inminencia histórica de este acontecimiento. Más aún, este gesto espectacular favorecería un franciscanismo manifiestamente "político", en el que se inspirarían gustosos ciertos tributos contemporáneos, pero que va más allá de la acción y del pensamiento más profundos y más discretos de Francisco.

Hoy se tiende a considerar auténtica la carta escrita a fray Antonio de Padua, pero resulta dudosa su forma, y la aprobación que Francisco, en contradicción con su habitual desconfianza por la ciencia, tributa a la enseñanza escolar de la teología, es desconcertante.

Finalmente, si la interpretación de los textos auténticos de san Francisco deja escasas posibilidades de graves divergencias, dadas la sencillez y la claridad del lenguaje y el estilo de su autor, no puede decirse lo mismo en lo que respecta a las circunstancias de su composición. ¿En qué medida, por ejemplo, intervinieron presiones externas para que el Santo introdujera modificaciones a la Regla del año 1221, que ni el papa ni una parte

de la Orden de los Menores * aprobaron? Se ha creído recientemente —en mi opinión, sin fundamento alguno— poder atenuar el alcance del *Testamento* con la pretensión de que san Francisco, postrado por la enfermedad, dictó su texto bajo la influencia de los frailes menores del convento de Siena, que le habían brindado hospitalidad, y que el rigorismo de este escrito refleja más la posición "extremista" de esos frailes que la del Santo.

Así, a través del esbozo sumario de los problemas planteados por las obras de Francisco, se capta la fuente principal de las dificultades de la historiografía franciscana: la existencia, durante su vida, de dos tendencias en el seno de la Orden, ambas movidas por la intención de atraer hacia sí al fundador y de interpretar en el propio sentido sus palabras y sus escritos. Entre los rigoristas —que exigían de los Menores la práctica de una pobreza total, individual y colectiva, el rechazo, tanto en las iglesias, como en los conventos y en la liturgia de los oficios de la Orden, de toda aparatosidad, el apartamiento en relación con la curia romana, sospechosa de caer demasiado fácilmente en pactos con el siglo—, y los moderados —convencidos de la necesidad de adaptar el ideal de la pobreza a la evolución de una Orden cada vez más numerosa, de no alejar con el rechazo de todo placer exterior a las masas que cada vez se volvían más a los Menores, de considerar a la Santa Sede como la fuente auténtica de la verdad y de la autoridad en una Iglesia de la cual formaba parte la Orden—, ¿dónde colocar al verdadero Francisco?

El problema de las biografías

Para encontrar la respuesta, es preciso integrar la lectura de las obras del Santo con el examen de su vida. Pero aquí la dificultad es mayor. Las divergencias en el seno de la Orden de los Menores durante el siglo XIII han tenido por resultado el privarnos de fuentes plenamente atendibles sobre la vida del fundador. Tales divergencias entre los frailes menores remontan a la vida de Francisco; ellos le obligaron a regresar de Tierra Santa en 1220, a redactar en 1221 una nueva Regla que pronto debía modificar, a dejar desde 1220 la dirección de la Orden en manos de Pedro Cattani y luego, tras la muerte de éste, a fray Elías. Ellos contribuyeron a su retiro en La Verna en 1224. Las divisiones en la Orden se agudizaron después de la muerte de Francisco, tanto más que fray Elías, que la rigió hasta 1239 —no obstante haber cedido el ministerio general a Juan Parenti desde 1227 a 1232—, la orientó decididamente por el camino de la aparatosidad, de la que es símbolo la erección de la suntuosa basílica de San Francisco de Asís, exasperando con ello a los partidarios de la austeridad. Durante la segunda mitad del siglo, los contrastes —a pesar de las intervenciones pontificias y muchas veces a causa de ellas— se radicalizaron y las dos tendencias se constituyeron en verdaderas facciones adversarias. Los *conventuales* aceptaron observar la *Regla* interpretada e integrada con las bulas pontificias que mitigaban el cumplimiento de la pobreza, mientras que sus adversarios —llamados generalmente *espirituales* (sobre todo en Provenza) o *frailecitos* (especialmente en Italia), impregnados cada vez más de las ideas milenaristas que remontaban a Joaquín de Fiori, acentuando el rigorismo y la hostilidad hacia Roma, se encontraron reducidos a posiciones heréticas. La gran esperanza que en ellos hizo nacer en 1294, la elección al trono papal del ermitaño Pedro de Morrone, se extinguiría pronto, puesto que, al cabo de seis meses, Celestino V estaba obligado a la "gran renuncia": a la renuncia de la tiara.

Si bien es cierto que grupos de espirituales han sobrevivido hasta fines del siglo XV (frailecillos irreducibles o menores rigoristas, designados después con el nombre de *observantes*), puede considerarse concluida la disputa franciscana en el año 1322 con la bula *Cum inter nonnnullos* del papa Juan XXII, que la resolvía en el sentido más contrario a la pobreza absoluta y a las orientaciones espirituales.

Pero para las fuentes de la historia de san Francisco de Asís el episodio decisivo de esta lucha tuvo lugar entre los años 1260-1266. Siempre había habido en la Orden partidarios del justo medio, deseosos de imponer a las dos facciones extremas un compromiso. Ellos pensaben como Dante de la familia de san Francisco: *"Su família, que anduvo rectamente siguiendo sus huellas, ha cambiado tanto, que pone los talones donde él ponía la punta del pie, y pronto se verá la cosecha del mal cultivo cuando la cizaña se queje de que el granero se le ha cerrado. Bien creo que quien recorriese hoja por hoja nuestro volumen, aun encontraría página en la que leyese: 'Yo soy el que solía'; pero no será de Casale ni de Acquasperta, de donde vienen los que a la regla o la huyen o tratan de estrecharla"*.

Aquel en cuya boca Dante pone esas palabras, es precisamente san Buenaventura, que electo en 1257 para el ministerio general de los moderados con el objeto de restablecer la unidad de la Orden, debía hacer adoptar una medida cargada de consecuencias para la historiografía de san Francisco. Los franciscanos tanto de una como de la otra tendencia habían multiplicado las biografías del Santo atribuyéndole discursos y actitudes conformes con sus respectivas posiciones. Ya no se sabía más a cuál Francisco creer. El capítulo general de 1260 confió a san Buenaventura la misión de describir la vida *oficial* de san Francisco que la Orden, a partir de ese momento, habría tenido que considerar correspondiente al verdadero Francisco. Esta vida o *leyenda* (llamada *Legenda maior* para distinguirla de una *Legenda minor,* compendiada bajo la forma de lecciones litúrgicas para uso del coro, en labor debida al mismo Buenaventura) fue aprobada por el capítulo general de 1263; como asimismo por el de 1266, el que con el objeto de poner término a las controversias, resolvió prohibir a los frailes la lectura de cualquiera otra biografía de san Francisco, ordenándole destruir todos los escritos precedentes referentes a la vida del Santo. Sorprendente resolución ésta, dictada seguramente por el deseo de poner fin a las divisiones internas, y facilitada por cierta insensibilidad de la época por la objetividad científica, pero reveladora de un desprecio de la autenticidad tanto más extraño si se piensa que san Francisco había proclamado justamente lo contrario respecto a la letra y al espíritu de los textos auténticos, y que en su *Testamento* había declarado: "El ministro general y todos los otros ministros y custodios, por obediencia están obligados a no agregar nada ni a quitar nada a estas palabras. Más aún, deben tener siempre consigo este escrito junto con la Regla, y leer también estas palabras". Cierto es que desde 1230 el papa Gregorio IX, con la bula *Quo elongati*, había permitido a los frailes menores no tomar en cuenta este pasaje del *Testamento* de san Francisco. Si podía pasarse por encima de las palabras del Santo, con mayor razón podía hacérselo sobre la de sus biógrafos. Desgraciadamente para los historiadores, los franciscanos obedecieron la orden de 1266, a tal punto que la investigación de los manuscritos no destruidos resultó totalmente infructuosa. Pero en este punto aún puede confiarse en los descubrimientos. Después de la publicación en 1768 por parte de los Bollandistas, de la *Leyenda* llamada de los *tres compañeros*, y de la primera biografía, la *Primera Vida*, de Tomás de Celano, pudieron descubrirse hasta el día de hoy una serie de manuscritos que obvian, en parte, las catastróficas consecuencias del auto de fe de 1266. Otro inconveniente es que la *Leyenda* de san Buenaventura es casi inutilizable como fuente de la vida de san Francisco y debe ser verificada, de todos modos, con documentos más seguros. En efecto, totalmente absorbido por su misión de pacificador, san Buenaventura, a pesar de haber sentido profunda veneración por san Francisco y haber indagado en fuentes anteriores auténticas, realizó una obra tendenciosa y fantástica, ajena a las exigencias de la ciencia histórica moderna. Fantástica, porque combinaba elementos a veces contradictorios tomados de diferentes fuentes sin discernimiento crítico. Tendenciosa, porque silenciaba todo aquello que pudiera haber demostrado que la orden franciscana se había alejado de algunas doctrinas de san Francisco, incluso en algunos puntos esen-

* Denominación de la orden franciscana.

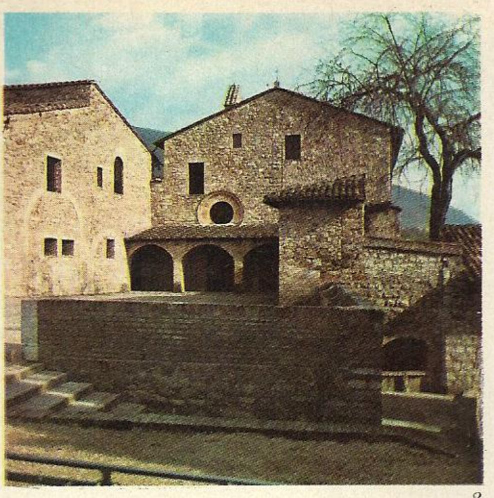
1



1. *Vista de la ciudad de Asís.*

2. *Asís: la Roca Mayor.*


1


2

3

ciales: la ciencia y la enseñanza, el trabajo manual, la frecuentación de los leprosos, la pobreza de las iglesias y de los conventos. En realidad, el san Francisco que resulta de todo esto está más cerca del de los conventuales que del de los espirituales.

Hasta fines del siglo XIX será este san Francisco corregido, mutilado y edulcorado por Buenaventura, hecho aun más insípido por el recurso a una mediocre obra de devoción de Bartolomé de Pisa, escrita en la primera mitad del siglo XIV y aprobada por el Capítulo general de 1399, el san Francisco considerado auténtico.

Las exigencias de la crítica histórica moderna condujeron, a fines del siglo XIX, a una completa revisión del san Francisco tradicional. Pueden considerarse como preludios de esta revisión la celebración del séptimo centenario del nacimiento de Francisco, en 1882, y la publicación con motivo de la misma fecha, de la encíclica *Auspicato concessum* de León XIII. Pero el punto efectivo de partida en la investigación acerca del verdadero san Francisco, data de la obra fundamental del protestante Paul Sabatier, aparecida en 1894.

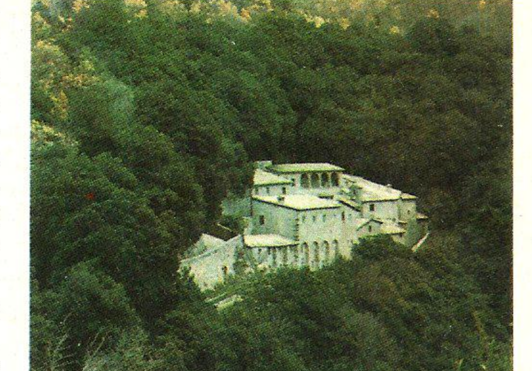
Desde este momento la historiografía franciscana se ha desarrollado, y también complicado, a tal punto que no podemos ofrecer aquí más que una síntesis muy esquemática.

Los datos esenciales de la vida de san Francisco giran en torno de dos personajes, uno de los cuales representa a los franciscanos moderados, y el otro a los franciscanos rigoristas. Es preciso destacar que se han descubierto con mayor facilidad los manuscritos del grupo moderado que los de la facción adversa, de manera que lo que hoy constituye la cuestión de las fuentes franciscanas es, sobre todo, la crítica de las fuentes de la tendencia "espiritual".

Sin embargo, las obras pertenecientes al primer grupo no son objeto de fácil interpretación. Todas representan el material empleado por el franciscano Tomás de Celano, que las compuso a pedido de altas personalidades eclesiásticas. Famoso por la elegancia de su estilo, escribió primeramente, a raíz de una solicitud que le formuló Gregorio IX, una vida de san Francisco, la *Vida Primera*, terminada en 1228. Esta vida, muy documentada, calla todo rastro de divergencias surgidas tanto en el interior de la Orden como entre la Orden y la curia romana, arroja mucha luz sobre el fraile Elías, a la sazón sumamente poderoso, y se inspira en los modelos hagiográficos tradicionales: la vida de san Martín de Tours, de Sulpicio Severo, y la vida de san Benito, de Gregorio Magno. Hacia el año 1230 Tomás de Celano redactó un resumen para los maitines, la *Legenda Chori*.

En 1264, Crescencio de Jesi, general de la Orden, pidió a Tomas de Celano que integrara la *Vida Primera* con otra vida que suministrara nuevos elementos a los frailes

que no habían conocido a san Francisco, y pidió a todos los que pudieran brindar ayuda a Tomás, que escribieran a su manera sus propios recuerdos de la vida del Santo. Así la *Vita Secunda* plantea varios e importantes problemas: ¿cuáles son sus relaciones y sus diferencias respecto de la anterior *Vita*? ¿En qué medida traduce los aportes de los compiladores de memorias que suministraron la documentación a Tomás Celano? ¿Hasta qué punto gravitan en ella los adornos que la reviste el recuerdo?
Entre los que ayudaron a Tomás de Celano en su obra, había tres frailes que habían conocido muy bien al Santo: Rufino, Ángel y León, este último, personaje central del otro grupo de biógrafos de Francisco. Esta colaboración, que por lo demás es muy difícil de precisar, complica ulteriormente el problema de la *Vita Secunda*.
En la carta que habían escrito en 1246 a Tomás enviándole su *Legenda*, los tres compañeros afirmaban: "antes que referir milagros que en verdad no constituyen la santidad sino solamente la manifiestan, hemos preferido preocuparnos por hacer conocer la vida edificante y las verdaderas intenciones de nuestro beatísimo Padre". Esta concepción nueva, "progresista", de la santidad no satisfacía las necesidades de las multitudes acostumbradas a ser satisfechas con los milagros. Y para responder a esta necesidad tradicional, Tomás de Celano, a pedido del nuevo general de la Orden, Juan de Parma, tuvo que redactar en 1253 un *Tratado sobre los milagros* de san Francisco. Si bien se trata de milagros cumplidos por el Santo sobre todo después de su muerte y el *Tratado* es así un complemento de las dos *Vidas*, no es empero un paso atrás en la biografía espiritual de san Francisco. Frente a este conjunto coherente, sólido, exactamente datado, de los escritos de Tomás de Celano, el grupo adversario de los biógrafos de Francisco presenta numerosas lagunas y grandes incertidumbres. El personaje central, sea en calidad de informador, o en calidad de autor, es fray León, confesor de san Francisco y, por consiguiente, en condiciones de conocer la vida interior del santo. Pero ninguna de las obras que la crítica le atribuye tiene el carácter de segura autenticidad. La *Leyenda de los tres compañeros* (*Legenda trium sociorum*) que ha llegado a nuestras manos, no es probablemente el original enviado a Tomás de Celano, sino verosímilmente una compilación de principios del siglo XIV, que se basaba, junto con la *Vita Secunda* de Tomás, en fuentes genuinas leonianas no utilizadas por Tomás y quizás, entre estas últimas, en el texto original de fray León. El *Speculum perfectionis* (o *Espejo de la perfección del fraile menor*), no debe haber sido obra auténtica de fray León, sino haber sido compuesto después de su muerte, mediante una transcripción directa de narraciones y escritos de León. El *Manuscrito Phillipps* es una antigua versión de los *Actus*



4

1. Asís: catedral de S. Rufino.

2. El convento de S. Damián.

3. Crucifijo que según la tradición habría hablado a Francisco en la Iglesia de S. Damián. Fines del siglo XII. Asís, Iglesia de S. Clara (Alinari).

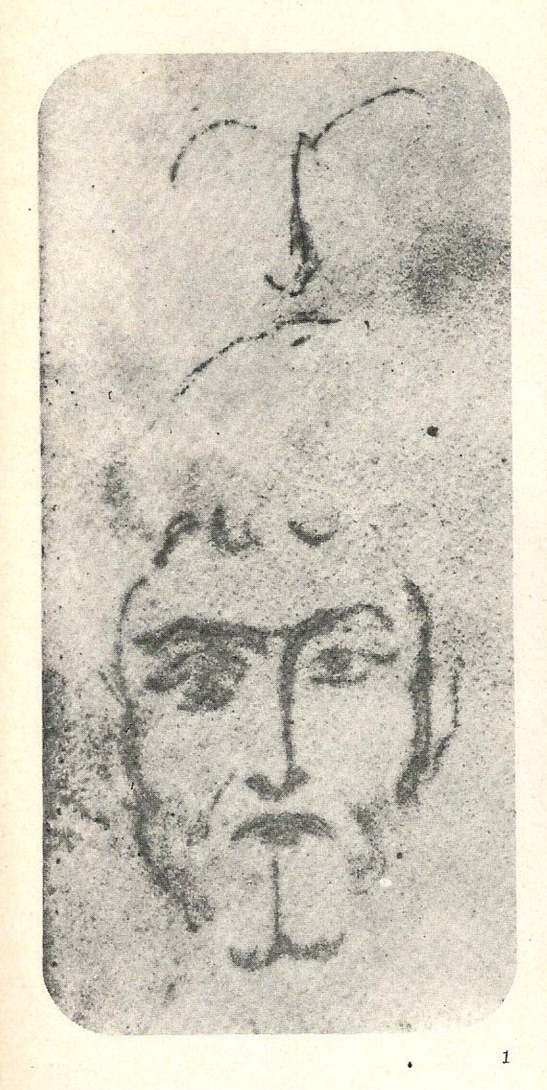
4. La ermita de las Cárceles.

5. Ermita de las Cárceles: la selva.

5

1. *Rostro de un monje dibujado en un manuscrito de mediados del siglo XIII.* Bibl. Vaticana, Cod. Reg. 2090, f. 34v.

2. *Detalle del primer retrato del Santo, dc autor anónimo.* Sacro speco de Subiaco. (Alinari).



1

2

beati Francisc iet sociorum eius (*Actos de san Francisco y de sus compañeros*), compilación del siglo XIV, próxima a las *Florecillas*. Este manuscrito incluye probablamente parágrafos que reproducen un texto original de fray León. Finalmente, el más valioso de estos textos es quizás la *Legenda antiqua* editada en 1296, que parece ser el más auténtico de los textos atribuidos a fray León, pero que plantea cuestiones todavía no resueltas.

Por lo tanto, la utilización de este grupo de textos presenta dificultades varias. Si, frente al san Francisco "oficial", parece presentar un san Francisco más intransigente, menos amanerado, más verdadero, no debe olvidarse que deforma igualmente al santo aunque en un sentido opuesto. Y el historiador, al que mucho le agradaría cotejar la versión "revisada y corregida" de san Francisco con la de fray León, está obligado a reconocer que el auto de fe de 1266 logró prireconocer que el auto de fe 1266 logró privarlo, hasta nueva orden, de textos que podían haberle servido con toda seguridad.

Entre los otros textos que proveen datos biográficos de san Francisco, debe reservarse lugar aparte a dos obras de carácter más legendario que histórico, pero que han desempeñado un papel de primer plano en la mitología franciscana.

La primera, el *Sacrum Commercium beati Francesci cum domina Paupertate* (*Las bodas sagradas del beato Francisco con la virgen Pobreza*), pequeña epopeya compuesta en 1277, presenta un tema surgido sin duda durante la vida del santo y destinado a tener gran suerte.

La segunda, las *Florecillas*, es una compilación en italiano que reúne, cerca de un siglo después de la muerte de Francisco, breves cuentos edificantes, unos traducidos de diversos opúsculos latinos de devoción, otros que ilustran con ejemplos anecdóticos las máximas del *Speculum perfectionis*. Esta obra muy popular, después de haber sufrido un intento de desvalorización por parte de la crítica moderna, vuelve a ganar hoy cierto crédito. Parece más próxima a las fuentes auténticas de lo que se supone, y lleva la huella profunda de la influencia de los *espirituales*, restableciendo cierto equilibrio roto en favor del san Francisco oficial y revelando finalmente que san Francisco inspiró muy pronto una literatura en la que leyenda e historia, realidad y ficción, poesía y verdad se encuentran íntimamente ligadas.

Vida de san Francisco

Cuando Francisco Bernardone nació en 1181 ó 1182 en Asís, la madre, en ausencia del padre, que era comerciante de tejidos y se encontraba en viaje de negocios por Francia, lo hizo bautizar con el nombre de Juan Bautista, el santo del desierto, de la predicación y de la anunciación por quien Francisco sintió siempre particular devoción. No se sabe cuándo ni por qué el nombre de Francisco, entonces "singular e inconsueto", sustituyó al de Juan. De las tres principales hipótesis propuestas al respecto: el cambio del nombre por parte del padre a su regreso del país en honor al cual habría dado el nuevo nombre al recién nacido; el homenaje rendido años más tarde a la madre, que habría sido de nacionalidad francesa —cosa que no está debidamente probada; la persistencia de un sobrenombre que se la habría dado en su juventud a causa de su entusiasmo por la lengua francesa, esta última resulta la hipótesis más verosímil. El francés, que había aprendido antes de su conversión como lengua por excelencia de la poesía y de los sentimientos caballerescos, continuó siendo la lengua de sus íntimas efusiones. "Cuando se sentía pleno de ardor del Espíritu Santo —dice Tomás de Celano— hablaba en voz alta en francés". Cantaba en los bosques en francés, mendigó un día en procura del óleo para la luminaria de san Damián que estaba restableciendo, en lengua francesa. El francés lo llenaba de embriaguez y de júbilo. En el año 1217 quiso partir en calidad de misionero a Francia, a esa Francia que presentía receptiva para su predicación y de la que admiraba la devoción eucarística a tal punto de querer morir a causa de esta veneración por el Santo Sacramento. De todos modos, no es superfluo señalar que, en un tiempo en que los nombres tenían significado profundo, cargado de sentido simbólico, el solo hecho de aceptar y divulgar un nombre insólito ponía de manifiesto la voluntad innovadora de Francisco.

Pero el joven Francisco Bernardone no permitía vislumbrar su futura vocación. Tomás de Celano formuló contra sus padres la acusación de haberlo educado en forma deplorable y pintó con oscuras tintas el cuadro de su adolescencia depravada. Lugar común de la hagiografía. ¿A qué dedicaba su tiempo? A las diversiones de su ambiente, nada más. A los juegos, al ocio, a las charlas, a las canciones, a la moda en el vestir. Trataba quizás de eclipsar a sus compañeros, de ser el primero en la que, con mucha exageración, se definió como la "juventud dorada" de Asís. El rasgo más interesante reside en el hecho de que este hijo de comerciante, por un reflejo natural en la joven generación de su grupo social, trataba de conducir un tenor de vida caballeresca, de imitar el comportamiento de los nobles más que de practicar las virtudes y los defectos de la burguesía mercantil. En efecto, si era "hábil en los negocios", era sobre todo un "gran derrochador". La liberalidad era la causa que lo mancomunaba a los nobles. Tomás de Celano, que lo define como "muy rico", reconoce por lo demás que la fortuna de que disponía gracias a su padre era inferior a la riqueza de la mayoría de los jóvenes nobles; "más pobre en bienes, pero más generoso en dar". Además la cultura; gran admirador de la poesía cortés, se convierte entre sus compañeros en el autor de canciones y juglares. Finalmente, el género de vida; lo que le atrae es la guerra, el oficio de las armas. Ocasiones no le faltan. Sobre todo en Asís, donde se desarrolla una doble lucha: entre los partidarios del papa y los del emperador —igualmente ansiosos por disponer de la plaza fuerte tan bien situada y de su formidable fortaleza, la Roca; entre la nobleza y el pueblo, es decir, entre las viejas familias feudales y la nueva burguesía mercantil que se apoyaba en la pequeña burguesía para constituir una *comuna* que asegurara a la ciudad su independencia frente al extranjero germano o pontificio— y a la aristocracia feudal. Este partido "popular" parece aventajar a los demás. En 1220 el pueblo de Asís expulsa a la guarnición germana de la Roca, se niega a consignar la fortaleza a los legados papales y, para mayor seguridad, la destruye, derriba o incendia los palacios de los nobles en el interior de la ciudad y sus castillos en los alrededores, mata a una parte de los nobles y a la otra la obliga a marchar al destierro, y finalmente se protege cercando a la ciudad con bastiones construidos en forma precipitada. Es más que probable que Francisco haya tomado parte en estas luchas. Se supuso también, que trabajando en la construcción de los bastiones se haya iniciado en esa tarea edilicia que practicará más tarde como constructor y restaurador de capillas e iglesias, comenzando por la de San Damián.

También es claro que uno de los episodios de estas luchas terminó mal para Francisco Bernardone. Las familias nobles expulsadas de Asís —como la de la futura santa Clara, la familia Offreduccio de Corán— se refugiaron en la antigua ciudad rival de Asís, Perusa. Los perusinos, para restablecerlas en sus bienes y en su estado, declararon la guerra a Asís. Francisco, que participó en la contienda que las dos ciudades trabaron en 1202 en el Puente de San Juan, sobre el Tíber, fue tomado prisionero por los soldados de Perusa, en cuya cárcel pasó más de un año. Detalle característico: "y, como vivía a la manera de los nobles, fue encarcelado junto con los caballeros". Recuperada su libertad en noviembre de 1203, no se apartó del deseo de gloria militar ni a raíz de esta penosa experiencia ni a causa de una larga enfermedad que lo inmovilizó durante gran parte del año 1204. En 1205 decidió acompañar a las Pullas a un noble de Asís que iba a prestar servicio en los ejércitos pontificios contra las tropas imperiales. Un sueño parece confirmarlo en esta intención. Ve que toda su casa está llena de uniformes y de armas. Sueño de noble, no de mercader, anota con algo de malicia Tomás de Celano: "no era habitual en él ver semejantes objetos en su casa, sino más bien montones de tejidos para vender". Interpreta esta visión como el anuncio de futuros éxitos militares en las Pullas. Todavía no comprende que la visión es simbólica.

que será llamado a otras pruebas, a utilizar otras armas, las armas espirituales. Y en efecto, ya en camino a las Pullas, en la ciudad de Spoleto, lo detiene otra visión. Ya no irá a las Pullas: no será un glorioso soldado. Su conversión se encuentra en marcha.

La conversión

La conversión de san Francisco, según Tomás de Celano, presenta incoherencias acentuadas por la diferencia de matices entre la *Vida Primera* y la *Vida Segunda*. Se ha intentado resolver estas dificultades suponiendo que Tomás ha tenido a su disposición fuentes dispares, y ha tratado de armonizarlas sin gran éxito, interpretando ambos textos a niveles diferentes pero no contradictorios. En la *Vida Primera*, la conversión se presentaría en una perspectiva "espiritual" o psicológica, mientras que en la *Vida Segunda* en una perspectiva "religiosa" o mística. ¿No basta reconocer que un fenómeno de conversión es muy difícil de analizar y que lo que más importa para el historiador es atenerse a los temas, a los episodios que marcan sus etapas y extraer de ellos su importancia histórica?

Es significativo que, a pesar del carácter de iluminación súbita, de brusca mutación que reviste siempre una conversión en una narración hagiográfica, la de san Francisco, según Tomás, se desarrolla durante cuatro o cinco años, y sigue un itinerario que pasa a través de episodios múltiples. Primer episodio: el sacudimiento inicial se produce durante una enfermedad. Sobre la naturaleza de tal enfermedad, que se prolongó durante seis meses, nada sabemos, pero desde este momento marca un rasgo esencial de la personalidad física y espiritual de Francisco. Es un hombre enfermo; sufrirá hasta su muerte de dos males: por un lado, en los ojos; por el otro, de afecciones digestivas, estómago, bazo, hígado. Los viajes, las predicaciones, las fatigas y las prácticas ascéticas agravarán su mal estado de salud. Pero Francisco no ha tratado sistemáticamente de humillar su cuerpo. Su actitud en este respecto es ambigua o mejor dicho ambivalente. El cuerpo es la fuente y el instrumento del pecado. Por consiguiente, bajo este aspecto es el enemigo mismo del hombre: "hay muchos hombres que cuando cometen pecado o reciben alguna injuria, culpan a menudo al enemigo o al prójimo. Pero no es así: pues cada uno encierra en su poder al enemigo, esto es el cuerpo, por medio del cual peca". (*Admonición*, 10.) Pero el cuerpo es también la imagen material de Dios y más particularmente de Cristo: "Considera, hombre, en qué estado tan excelente te ha puesto el Señor, puesto que te ha creado y formado a *imagen* de su Hijo dilecto según el cuerpo, y *a su semejanza* según el espíritu" (*Admonición*, 5). Por lo tanto, hay que mortificar al cuerpo, pero para ponerlo, como el alma, al servicio del amor de Dios. El cuerpo es, en definitiva, como todas las criaturas: "hermano cuerpo" y "nuestras hermanas las enfermedades", son ocasiones indispensables para la salud. Pero no hay que complacerse tanto en convertirse en esclavos de ellas si hacen al cuerpo inutilizable para el fin de la salvación y del amor. Claro es que Francisco no tiene muy viva simpatía por los médicos, frente a los cuales prefiere al único verdadero médico, Cristo, pero cede gustosa y humildemente ante fray Elías, que lo persuade, cuando la enfermedad en sus ojos lo vuelve casi ciego, a consultar a los médicos del papa, citándole las palabras del *Eclesiastés*, 38, 4: *"Altissimus de terra creavit medicinam et vir prudens non abhorrebit eam"* (El Altísimo creó la medicina de la tierra y el sabio no la despreciará). Así es como durante su permanencia en Rieti, confiado a los cuidados de los médicos pontificios, pregunta a uno de sus compañeros: "Quisiera que, en secreto, te hicieras prestar una cítara, que la trajeras aquí, y así, con algunos honrados sonidos darías un poco de alivio a mi hermano cuerpo lleno de dolores". El fraile teme lo que podrá reprochársele, y Francisco le dice: "Entonces, hermano, no pensemos más en ello; bueno es renunciar a muchas cosas con tal de no ofender la opinión común". Pero durante la noche vendrá un ángel con una cítara, para sustituir a la cabecera del enfermo al fraile demasiado temeroso. Radicada así en el dolor físico, que comienza a hacerlo reflexionar sobre el destino humano y planteado el tema, esencial para Francisco, de las relaciones entre *hombre interior* y *hombre exterior*, su conversión se manifiesta desde el principio con la renuncia al dinero y a los bienes materiales.

La cronología de esta etapa es bastante confusa en Tomás de Celano. Un primer acto parece estar situado en el momento de su fracasada partida para la guerra en las Pullas. Francisco se encuentra con un pobre caballero cubierto de harapos y le regala su manta. Evidentemente, verdadero o falso, el gesto tiende a hacer de Francisco un nuevo san Martín. Y Tomás de Celano, que no deja de establecer el paralelo, subraya cómo se resuelve a favor de Francisco, que donó entera su manta, mientras que Martín no había cedido más que una mitad.

Significativa diferencia entre dos personalidades tal vez diversas —san Francisco es, desde un comienzo, el hombre de la dádiva integral—, entre dos épocas indudablemente distintas. Al filo de los siglos IV y V la necesidad material y espiritual de la sociedad occidental, es la partición de los bienes, una nueva distribución entre viejos ricos y nuevos pobres; sobre el filo de los siglos XII y XIII el problema es la aceptación o el rechazo de lo que procura el dinero al ritmo acelerado de la difusión de la economía monetaria. Primer abandono, primer rechazo simbólico. De regreso en Asís, los compañeros lo eligen jefe o rey de la juventud conforme con un viejo rito folklórico. Pero este jefe profano se aleja poco a poco de sus súbditos para prepararse a una nueva vida, trasladándose a una gruta remota para hacer meditación en compañía de un solo amigo, íntimo confidente de sus pensamientos. Revela a éste lo que para él será el tesoro escondido que dice buscar, y la esposa que las gentes de Asís conjeturan ya que se apresta a tomar. El tesoro será la sabiduría divina, y la esposa, la vida religiosa. Está prefigurado así el tema de sus bodas con la pobreza.

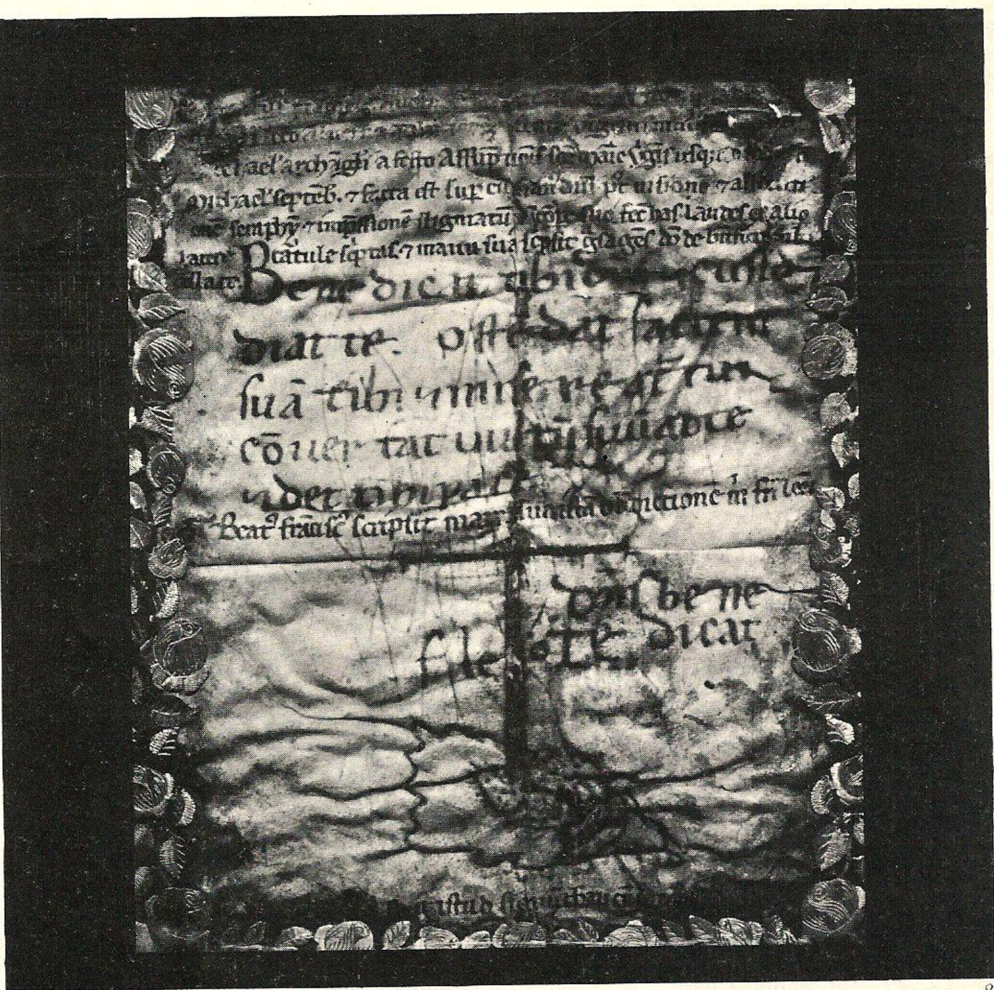
La pobreza es a quien se aproxima lentamente. Dudoso es el relato de Tomás de Celano que lo hace ir a Roma, donde se habría mezclado con la multitud de los mendicantes frente a la basílica de San Pedro. Indignado al ver la exigüidad de las ofertas que se hacen al jefe de la Iglesia, habría estado dispuesto a darle todo cuanto llevaba consigo. Pero esta exhortación al enriquecimiento de Roma no condice con Francisco, y debe verse aquí más bien uno de los episodios pro-romanos que Tomás de Celano y la corriente franciscana moderada han introducido —inventándolos— en la vida del santo.

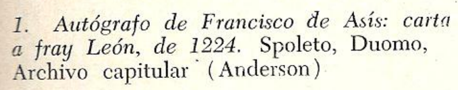
Los acontecimientos de este momento se suceden con rapidez. Impresionado por el ruinoso estado de abandono en que se encuentra la iglesia de San Damián, a cuyo párroco le faltan los medios para repararla, recoge en la casa paterna una partida de géneros, los carga en un caballo y va a venderlos, tanto los géneros como el caballo, al pueblo de Foligno. Vuelve a Asís y regala al pobre cura todo lo que ha obtenido de la venta. Furioso por la desaparición de sus mercancías, el padre de Francisco lo hace buscar. Francisco se oculta en la cantina de una casa abandonada, donde su fiel amigo le suministra en secreto los alimentos, y finalmente, decidido a asumir la propia responsabilidad, abandona el escondite y reaparece ante sus conciudadanos. Demacrado por las privaciones sufridas, se acusa públicamente de indolencia y de haraganería. Estupefacta ante este cambio, la gente de Asís se burla de él, lo trata de loco, le arroja piedras y barro: prefiguración de la persecución, de la búsqueda del martirio, imitación del Cristo ultrajado del *Ecce homo*. Sensible al clamor, el padre lo prende y lo encierra encadenado en un cuarto incomunicado de la casa. Al cabo de algunos días, la madre, movida por la compasión, lo libera, y él busca protección ante el obispo, y en presencia de éste, testigo, garante y protector, públicamente, frente a su padre enfurecido, cumple el acto solemne que marca la ruptura y la liberación de la vida anterior. Renuncia a todos sus bienes, se desviste, y, desnudo, declara su absoluta expoliación.

Ha roto con la vida mundana, pero todavía no se ha encaminado en la nueva vida. En-

1. San Francisco y Seis historias de su vida, *de Bonaventura Berlinghieri* (1235), Pescia, Iglesia de San Francisco.







1. *Autógrafo de Francisco de Asís: carta a fray León, de 1224.* Spoleto, Duomo, Archivo capitular (Anderson)

2. *Autógrafo de Francisco de Asís: la bendición de fray León.* Asís, Basílica de S. Francisco, sacristía secreta.

3. *Túnica del Santo.* Asís, Basílica de S. Francisco, sacristía secreta.

4. *La predicación de san Francisco a los pájaros,* en un dibujo de la *Chronica maiora* de Mateo Paris (ca. 1225). Cambridge,





tre los primeros pasos vacilantes, hay algunos falsos, reveladores de sus incertidumbres, de sus dificultades para encontrar el justo tono, en el paso de una vida a la otra. Un día, mientras entona loas a Dios en francés en medio de un bosque, cae sobre él una banda de foragidos: "¿Quién eres?" – "Soy el heraldo de gran Rey". Los bandidos le dan una tunda de golpes y lo arrojan a un foso lleno de nieve: "Ve, pues, villano, que te haces pasar por heraldo de Dios". Y hay todavía muchos obstáculos que superar. Un día, da otro gran paso; es el único que Francisco menciona en su *Testamento*, al evocar su conversión. "Así el Señor me dio a mí, hermano Francisco, la gracia de comenzar a hacer penitencia: cuando todavía me encontraba en el mundo de los pecados, me parecía demasiado amargo ver a los leprosos, y el Señor mismo me llevó entre ellos y con ellos usé misericordia; cuando me alejé de ellos, lo que anteriormente me parecía amargo, pronto se trasmutó en dulzura de alma y de cuerpo. Esperé muy poco, y salí del mundo".
El beso al leproso hizo entrar en la vida el tema de la repugnancia vencida, de la caridad para los sufrientes y para el hermano cuerpo, de la ayuda a los más desheredados. ¿Y después? En San Damián interroga a Dios. Y un día Dios le responde. El crucifijo —esta imagen en la que se encarna una devoción nueva al Cristo sufriente y que se conserva hoy en Santa Clara— le habla. Dios dice a Francisco: "Francisco, ve a reparar mi casa que, como ves, está toda en ruinas". Y Francisco, no habituado todavía a comprender el sentido simbólico del verbo divino, toma al pie de la letra las palabras del crucifijo. Lo que cae en ruinas son, en efecto, las casas materiales de Dios, las iglesias resquebrajadas, y para comenzar San Damián. Prefigurando la reconstrucción espiritual de la Iglesia, de la que será uno de los grandes artífices, Francisco toma la paleta, se trepa al andamio y se convierte en albañil. Es otro tema que entra en su vida: el trabajo manual. Una vez reconstruida San Damián, Francisco va a trabajar a San Pedro cerca de los bastiones y finalmente a la Porciúncula, oratorio perdido en medio de los bosques pero en proximidad con los dos leprosarios de Santa Magdalena y de San Salvador.
La Porciúncula es, según las palabras de San Buenaventura, "el lugar que Francisco más amó en el mundo". Allí es donde se cumple el último acto de su conversión. Dios habla de nuevo a Francisco. Esta vez lo hace por intermedio de la voz del cura que, en el humilde oratorio de la Porciúncula, lee un día en la misa el texto del Evangelio que Francisco cree escuchar por primera vez. Es el capítulo X de Mateo: "Id, dice el Salvador, y anunciad por doquiera que el reino de Dios está próximo. Lo que habéis recibido gratuitamente, gratuitamente donadlo. No llevéis ni oro ni plata en las cinturas, ni sacos por el camino, ni dos túnicas, ni calzados ni bastón; porque el obrero merece que se provea a su mantenimiento. En cada ciudad o aldea donde entréis, informáos acerca de quién es digno de recibiros y permaneced con él hasta la partida. Al entrar en su habitación, saludad diciendo: "Paz en esta casa." Francisco exclama: "Esto es lo que quiero, lo que busco, lo que deseo hacer desde el fondo de mi corazón." Exultante de alegría, se descalza, arroja el bastón, y no tiene más que un túnica que ciñe a su cintura con una cuerda a manera de cinturón; la adorna con una imagen de la cruz, y es tan ruda que crucificará a la carne con sus vicios y sus culpas, tan mísera y tan sucia que nadie en el mundo se la envidiará.
Es el "tercer año de la conversión" de Francisco, el 12 de octubre de 1208 o el 24 de febrero de 1209. Francisco tiene veintiséis o veintisiete años. De convertido se convierte en misionero. San Francisco ya ha nacido; están por nacer los franciscanos.

De la primera regla a la segunda

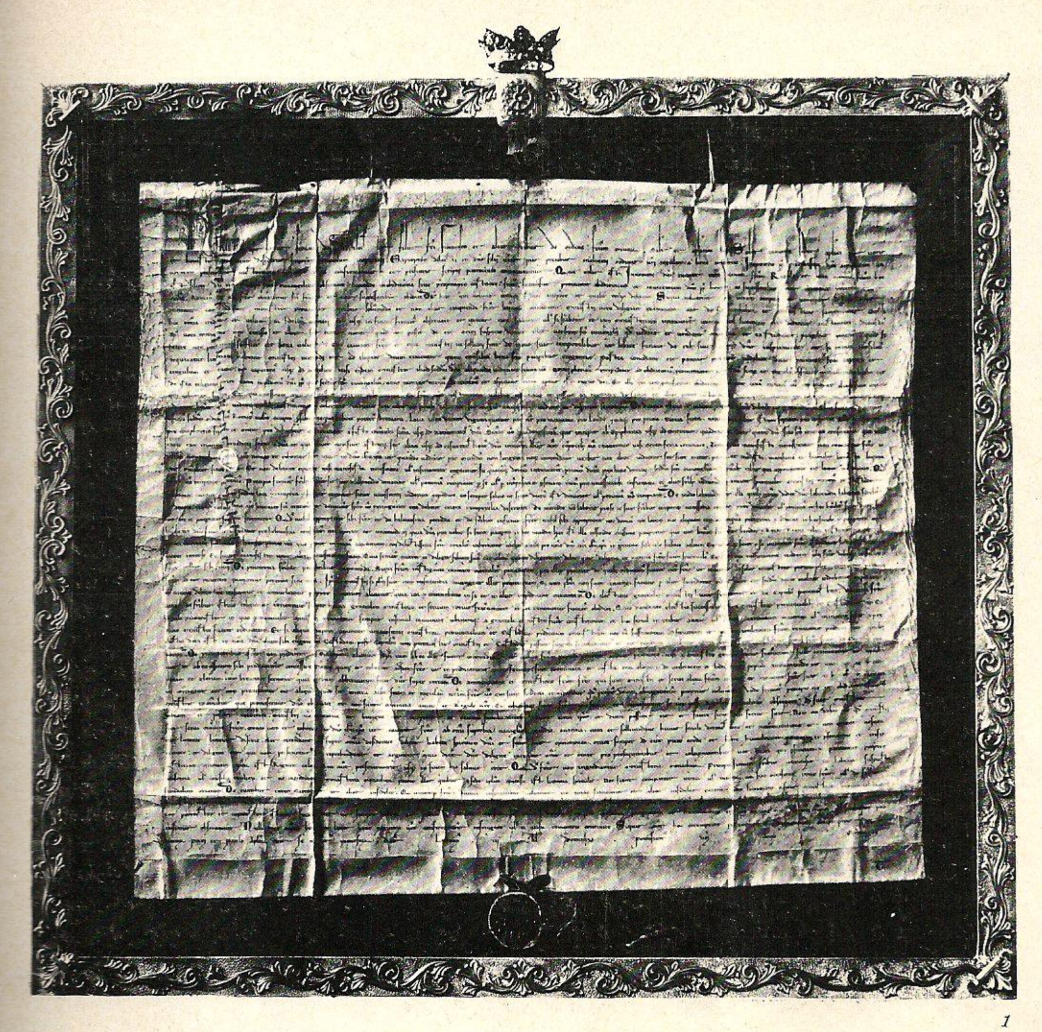
Francisco comienza, pues, a predicar "con su propia voz, que es como un fuego ardiente". Predica en Asís, adentro o frente a la iglesia en la que había cumplido de niño su educación religiosa, y donde recibirá la primera sepultura: San Jorge, hoy involucrada en Santa Clara. La primera persona que convirtió al cristianismo, en este año de 1209, es un hombre pío y simple del que nada sabemos. Le siguió un hombre rico, Bernardo de Quintavalle, que vende todos sus bienes y dona el producto de la venta a los pobres, uniéndose a Francisco. El tercero es otro oriundo de Asís, jurista y canónigo que realizó sus estudios en Bolonia: Pedro Cattani, y que será el sucesor de Francisco en la Orden en 1220. El cuarto es fray Egidio.
A partir de este momento comienza la predicación trashumante. De tanto en tanto veremos una etapa caracterizada por un episodio célebre o significativo, y nos detendremos sobre los puntos extremos del viaje, hacia Roma o fuera de Italia. Pero, salvo breves períodos de retiro, Francisco y sus compañeros estarán siempre marchando, predicando en ciudades y aldeas. Su campo por excelencia es Italia, de Roma a Verona, pero sobre todo la Umbria y las Marcas. Según la *Leyenda de los tres compañeros*, la primera misión la cumple en Ancona, que será un gran centro del franciscanismo y cuna de las *Florecillas*. Más tarde, cuando los compañeros llegan a ocho, Francisco, que los envía siempre en parejas de a dos, como hace Cristo con los Apóstoles (Marcos, VI, 7; Lucas, X, 1) —y él mismo va siempre con un compañero—, manda a fray Bernardo y a fray Egidio a Santiago de Compostela. Con su compañero, él se traslada al valle de Rieti, de donde regresa con nuevos partidarios, entre los cuales figura fray Ángel que, junto con fray León y fray Rufino formará el grupo de los "tres compañeros". Ya son doce, como los apóstoles, los que se encontrarán en el invierno de 1209-1210, en la Porciúncula.
Éxitos y fracasos se alternan en este exordio. Los primeros sirven de gran aliento para confirmar a Francisco en su misión; los otros son demasiado fuertes como para inquietarlo. En el curso de su primera campaña en las Marcas, donde, junto con sus compañeros fue tomado por loco, Bernardo y Egidio en camino hacia Compostela fueron objeto de muy poco cordiales acogidas en Florencia. Si Tomás de Celano calla estas contrariedades e insiste en algunos éxitos, los *tres compañeros*, que deben exagerar en sentido inverso, hablan, en cambio, de un fracaso total. Aparece otro motivo de inquietud: Guido, obispo de Asís, que por lo demás dispensó su protección a Francisco en el momento de su conversión, se convierte si no en hostil, por lo menos en desconfiado. Francisco tuvo que recurrir a toda su fuerza de persuasión para convencerlo de la legitimidad de su actividad y de su modo de vida. Para poner fin a tales amenazas, Francisco decide marchar a Roma con los doce compañeros y solicitar del papa la aprobación de su conducta y de la de sus partidarios.

Francisco e Inocencio III

El viaje a Roma plantea difíciles problemas al historiador. Ante todo, la aprobación que Francisco se aprestaba a solicitar al papa ¿era la de una *regla*, es decir, la fundación de una nueva *orden*? El texto sometido a Inocencio III se ha perdido, y lo que refiere Tomás Celano es muy vago: "Francisco escribió para sí y para sus compañeros, presentes y futuros, simplemente y en pocas palabras, una fórmula de vida y una regla compuesta esencialmente de citas del santo Evangelio del que sólo deseaba realizar ardientemente su perfección." *Vitae formam et regulam*: parece, sin embargo, que el biógrafo de 1228 haya agregado por propia iniciativa: *regula* y que la verdad resida en la *formula vitae*; un simple formulario compuesto de algunas frases del Evangelio, dirigidas a orientar la vida y el apostolado de los monjes.
Otra pregunta que se plantea es la siguiente: ¿Cuál fue la actitud de Inocencio III? Parece que fueron tres las reuniones que se llevaron a cabo entre Francisco y el papa, y que fue difícil al Pobrecillo arrancarle la aprobación al pontífice.
¿Quiénes son esos dos hombres, uno frente al otro? Son dos pastores, cuya personalidad, función y experiencia son casi totalmente opuestas. Inocencio III, que se halla embebido de la espiritualidad pesimista de la tradición monástica, ha escrito un libro, *Del desprecio del mundo*, en las antípodas del amor que Francisco extiende a todas las

1. Redentor en el trono y Santos. *Paliotto, de la escuela de Siena, fechado en 1215.* Siena, Pinacoteca Nacional.





1

1. Original de la Bula con la cual Honorio III aprobó la Regla (1223). Asís, Basílica de S. Francisco, sacristía secreta.

criaturas como momento de su suprema aspiración al cielo. Aun cuando no es el papa "político" que muchos historiadores ven en él, Inocencio III está convencido del primado del poder espiritual sobre el temporal, y además está absolutamente convencido de que el vicario de Cristo posee las dos espadas, los dos poderes. Francisco dice: "Guárdense los monjes todos, de ostentar ningún poder o superioridad, especialmente entre sí. Porque, en efecto, como dice el Señor en el Evangelio: *Los príncipes de las naciones las dominan, y los grandes son los que ejercen el poder sobre ellas.* No debe ser así entre los monjes, pero *cualquiera pretenda ser más grande entre ellos, que sea el como menor.* No existen, para Francisco, enemigos fuera de nosotros mismos: los enemigos son nuestros vicios y nuestros pecados, y es necesario cuidarse de juzgar al prójimo. Inocencio III ve a la Iglesia asediada por bandas de enemigos, los espíritus que se proclaman cristianos y sobre los cuales él, de tanto en tanto (sobre el Emperador, sobre el rey de Francia, sobre el rey de Inglaterra) dicta la excomunión y el anatema; desde los herejes que pululan, los "pobres" de Lyon convertidos en los valdenses y en los humillados que sólo se han sometido parcialmente, hasta los cátaros y los albigenses contra los cuales ha emprendido la cruzada y está organizando la Inquisición. Ahora bien, este laico cubierto de harapos que frente a la curia crasa, fastuosa y arrogante viene a exaltar una cosa escandalosa, la aplicación integral del Evangelio, la realización del mismo en todas sus partes, ¿no se encuentra, a los ojos del papa, en el camino de la herejía, si no es ya directamente un hereje? Un primer coloquio con el papa, debe haber sido por lo tanto, agitado. Inocencio III confunde, o finge confundir a este hombre "de mísera túnica, de cabellos desordenados y de inmensas cejas negras" con un cuidador de cerdos: "Déjame en paz con tu regla. Mejor es que vuelvas a tus cerdos y les dirijas todas las predicaciones que quieras." Francisco corre hacia un corral, se embadurna con estiércol y vuelve a presentarse ante el papa: "Señor, ahora que he cumplido lo que me habéis pedido, tened la bondad de concederme lo que con toda solicitud os pido." El papa, concluye el cronista inglés Mateo Paris, "arrepentido, deplora haberlo acogido tan malamente, y después de haberle invitado a lavarse le promete otra audiencia".

Parece cierto que, después del primer recibimiento hostil tanto de parte del papa como de la curia, Francisco haya hecho preparativos para una nueva reunión con Inocencio. Busca quien lo presente de nuevo, busca aliados, protectores. Esta vez actúa como intermediario el obispo Guido de Asís; y, aquel que, gracias a su intervención terminará aceptando la misión de preparar a Francisco el camino de acceso al papa, es el cardenal Juan de San Pablo, de la familia Colonna. Sin embargo, cuando Francisco puede someter el texto de su "regla" al papa, éste se espanta por su severidad. La aplicación integral del Evangelio ¡qué locura! Pero el cardenal de San Pablo encuentra el argumento capaz de tocar al pontífice, un argumento al mismo tiempo religioso y político. "Si nos oponemos al pedido de este pobre con semejante pretexto, ¿no equivaldrá acaso a afirmar que el Evangelio no puede ponerse en práctica y a blasfemar a su autor, Cristo?" Inocencio III, sacudido pero no persuadido, se limita a sugerir a Francisco: "Hijo mío, ve a rogar a Dios que nos manifieste su voluntad; cuando la conozcamos estaremos en condiciones de responderte con plena seguridad."

Francisco y sus aliados extraen todo el provecho posible de este nuevo margen de tiempo, y Dios manifiesta entonces su voluntad. Inocencio III tiene un sueño: ve que la Basílica de Letrán se inclina tanto que parece a punto de derrumbarse;; un religioso "pequeño y sucio" la sostiene con sus hombros, impidiendo el derrumbe. El hombre del sueño no puede ser otro que Francisco, aquel que salvará a la Iglesia de Cristo. Es entonces cuando Inocencio III aprueba el texto que le sometiera Francisco. Pero lo hace utilizando muchas precauciones: da solamente una aprobación verbal, no escrita; impone a los monjes la obedien-

cia a Francisco, pero también a éste la obediencia al papa. Sin conferirles los órdenes mayores, hizo tonsurar a todos los laicos y, sin más, concedió el diaconato a Francisco. Por fin, los autorizó solamente a predicar, esto es, a dirigir exhortaciones morales el pueblo.
Francisco no pedía más que eso. "Id con Dios, hermanos, es lo que habría dicho Inocencio III, según Tomás de Celano, impartiéndoles su bendición, "y como Él se dignará inspiraros, predicad a todos la penitencia. Cuando el Señor omnipotente os haga crecer en número y gracia, retornad para decírmelo jubilosos, y yo os concederé muchos más favores y os confiaré con mayor seguridad encargos más importantes.
Pero que el mismo Francisco haya quedado satisfecho de su viaje a Roma es cosa que puede dudarse si, más que a Tomás de Celano, se consultan otras fuentes. Mateo Paris, siguiendo las fuentes del benedictino Roger de Wendover, sitúa un célebre episodio de la vida de Francisco —la predicación a los pájaros— en el momento del regreso de Roma en el valle de Spoleto. Y ofrece una interpretación muy diferente del clima elegíaco en el que la situarán más tarde los biógrafos oficiales de san Francisco. El Santo, angustiado por el recibimiento que le hicieron los romanos, por sus vicios y sus infamias, habría convocado a los pájaros, a los más agresivos entre ellos, a los de los picos más voraces, a los pájaros de rapiña y a los cuervos, y les habría enseñado —más que a los romanos— la buena nueva. La fuente de esta anécdota se encuentra en el *Apocalipsis*, XIX, 17-18: "Y he visto a un ángel, erguido frente al sol, gritar con voz potente y decir a todos los pájaros que volaban en el cielo: venid a reuniros en el gran banquete de Dios; comed la carne de los reyes, la carne de los tribunos, la carne de los soberbios, la carne de los caballos y de los caballeros, la carne de los libres y de los esclavos, de los pequeños y de los grandes.
Esta invectiva no condice con la imagen dulce y suave de Francisco, y se comprende cómo el partido franciscano extremista haya podido atribuir al fundador de la orden la asimilación de Roma y de la Iglesia con la ciudad maldita de Babilonia. La iconografía del siglo XIII conservará semejante recuerdo: las imágenes que representan la predicación de Francisco a los pájaros copiarán todas, más o menos, otras imágenes contemporáneas donde el ángel del Apocalipsis invita a los pájaros a arrojarse sobre su presa —hasta que Giotto impondrá definitivamente la interpretación idílica de la escena. De cualquier manera, más allá de esta interpretación forzada y tendenciosa, pensamos que Francisco no pudo haber conservado un recuerdo agradable de sus relaciones con Roma y con Inocencio III. Esto podría constituir un buen argumento contra la afirmación que sostiene su presencia en el cuarto Concilio de Letrán celebrado en el año 1215, presencia que algunos consideran desprovista de toda prueba.
De regreso en Asís, Francisco y sus compañeros se establecieron en un llano limitado por el meandro de un arroyo, el Rivo Torto, y allí se alojaron en una vieja cabaña abandonada. Al cabo de algunos meses se vieron obligados a abandonar su refugio porque un campesino condujo allí a su asno con la intención de echar a los huéspedes, según lo refiere Tomás de Celano, o más probablemente porque la llegada de nuevos monjes había hecho ya inhabitable el minúsculo alojamiento.
En contra de la negativa del obispo y de los canónigos, el abate del monasterio benedictino del Monte Subasio concedió a Francisco la capilla de la Porciúncula que tenía anexa una pequeña fracción de terreno. La diminuta comunidad, que iba creciendo día a día, mantenía el mismo estilo de vida. Entre los nuevos frailes llegados en este año de 1210-1211, se encontraban Rufino "que elevaba oraciones aun en sueños, fray Ginepro "perfecto imitador de Jesús Crucificado, ese "juglar de Dios por excelencia, como fue definido el "franciscano- tipo, fray Massaio del firme buen sentido, fray Lúcido, "que nunca se quedaba más de un mes en el mismo lugar con el pretexto de que no es de nosotros el tener una morada permanente aquí abajo, y finalmente el puro e ingenuo fray León, el más intransigente de los fieles de san Francisco, al que éste hizo su propio confesor porque era cura y a quien llamaba "hermano corderito de Dios".

Santa Clara

Si la Porciúncula se convertirá en residencia predilecta de Francisco desde fines de 1210, no hay que olvidar que la abandonará con mucha frecuencia, ya sea para trasladarse a predicar a Asís, a Umbria, a Italia central y septentrional, entre los infieles, o ya para retirarse a la soledad, en diversas ermitas, en las cárceles de las laderas del Subasio, en una isla del lago Trasimeno, en Monte Casale, cerca de Borgo San Sepolcro, en Fuente Colombo cerca de Rieti, en un lugar próximo a Orte, en Poggio Bustone, en un oratorio cercano a Siena, en Cella cerca de Cortona, en San Urbano próximo a Narni, en Sarteano cerca de Chiusi, y finalmente en La Verna. No siempre se dispensaba, tanto a él como a sus compañeros, una buena acogida. Fray Bernardo de Quintavalle fue recibido a pedradas por los boloñeses en el año 1211, y cubierto de sarcasmos en la plaza mayor de la ciudad. Pero al año siguiente reservó para Francisco una suerte de reclutamiento excepcional. Una noble jovencita de Asís, enardecida por los sermones del Santo, huye de la casa paterna en compañía de una amiga el domingo de Ramos y se refugia en la Porciúncula, donde Francisco les corta los cabellos, las cubre con un vestido de burdo paño semejante al suyo, y las conduce al monasterio de las benedictinas de San Pablo de Bastia, a pocos kilómetros de distancia, en las zonas palúdicas de Insula Romana. Algunos días después las muchachas se refugian en un lugar más seguro, el monasterio de San Ángel en el Monte Subasio, sobre las Cárceles, monasterio habitado por otro grupo de benedictinas. A Clara y Pacífica se les une una joven hermana de la primera, Inés, a la cual también Francisco le corta la cabellera. Transcurre algún tiempo al cabo del cual el obispo Guido hace donación a Clara y a las "pobres mujeres (llamadas más adelante clarisas, como se llamarán "frailes menores" los franciscanos), de la Capilla de San Damián. Así es como en las dos ramas paralelas —la masculina y la femenina— de la tradición monástica inaugurada por san Benito y por santa Escolástica, Francisco y Clara cumplirán juntos hasta la muerte su misión. "Puesto que os habéis convertido en las hijas y en las siervas del Padre celeste y en las esposas del Espíritu Santo, escogiendo vivir según la perfección del Santo Evangelio, os prometo velar sobre vosotras como sobre mis hermanos', escribe Francisco a las Pobres Mujeres: mantendrá su promesa y será obedecido y querido por ellas como por sus hermanos.

Milagros y peregrinaciones

El año de 1212 es para la cristiandad un año de efervescencia y de esperanza. Los reyes cristianos de la península ibérica unen sus fuerzas contra los musulmanes, y el 14 de julio de 1212 obtienen sobre los infieles la más clamorosa victoria de la Reconquista en las Navas de Tolosa. Entre junio y septiembre, procedentes de Francia y de Alemania irrumpen por Italia septentrional nutridos grupos de jóvenes ansiosos de trasladarse a Tierra Santa. Se trata de la cruzada llamada erróneamente cruzada "de los niños", que tropieza con miles de dificultades materiales y morales, con la hostilidad de la mayor parte de la jerarquía eclesiástica y que termina finalmente por disolverse. Lo mismo que estos jóvenes, Francisco y uno de sus frailes se embarcan en un navío que parte para Siria. Pero el viento contrario empuja a la embarcación hacia la costa dálmata y, no sin pocas dificultades, logran emprender el regreso a Ancona, Desprovistos de dinero, se introducen clandestinamente en otro navío: son descubiertos y corren el riesgo de ser maltratados por la tripulación, destino que el Santo consigue conjurar aplacando una tormenta y multiplicando las provisiones como para permitir matar el hambre de todos los marineros a punto de morir por la prolongada bonanza.
No es más que una postergación de su proyecto. Dos años más tarde, en 1214, parte nuevamente, esta vez para ir a predicar en-

tre los sarracenos, en Marruecos, donde piensa obtener una audiencia del Sultán, conmovido indudablemente por la derrota de Las Navas. Pero al llegar a España cae enfermo y se ve precisado a regresar a Italia. Logrará cumplir su empresa —aunque más no sea que parcialmente— sólo en 1219, y esta vez en Egipto.

Mientras tanto, el número de los partidarios de san Francisco iba aumentando diariamente, al mismo tiempo que iba difundiéndose su fama. Entre los nuevos adeptos se cuentan, en Florencia, Juan Parenti, y en Cortona, fray Elías, ambos futuros ministros generales. Se atribuye a Francisco una lista cada vez más larga de milagros. En Ascoli cura enfermos y convierte de una sola vez a treinta personas entre clérigos y laicos; en Arezzo, las riendas de un caballo que él tenía en sus manos, curan a una puérpera moribunda; en Ciudad de la Pieve uno de los suyos cura a los enfermos tocándolos con una cuerda usada ya por Francisco como cinturón; en Toscanella cura a un rengo y en Narni a un paralítico; exorciza a obsesos en San Géminis, entre Todi y Terni, y en Ciudad Castello. Cerca de Bevania es donde habríase producido la predicación a los pájaros, y en Gubbio, según las *Florecillas*, habría obtenido del "hermano lobo" la cesación de toda ulterior amenaza. Aquel que era objeto de burlas, provocaba ahora a su paso no sólo curiosidad, sino también veneración y entusiasmo. Cuando se anuncia su entrada en una ciudad o en una aldea, toda la población acude gritando: "¡Aquí está el Santo!" Se echan las campanas a rebato, se va a su encuentro, le ofrecen pan para que lo bendiga, le arrancan girones de su túnica. En el año 1213 predica durante una fiesta en el castillo de Montefeltro. El juglar de Dios une su voz a la de los cantores profanos. Uno de los asistentes, el Conde Orlando de Chiusi, en Casentino, presa de emoción dona a Francisco el monte de La Verna para que funde en él una ermita para sí y los suyos.

•

El cuarto concilio de Letrán

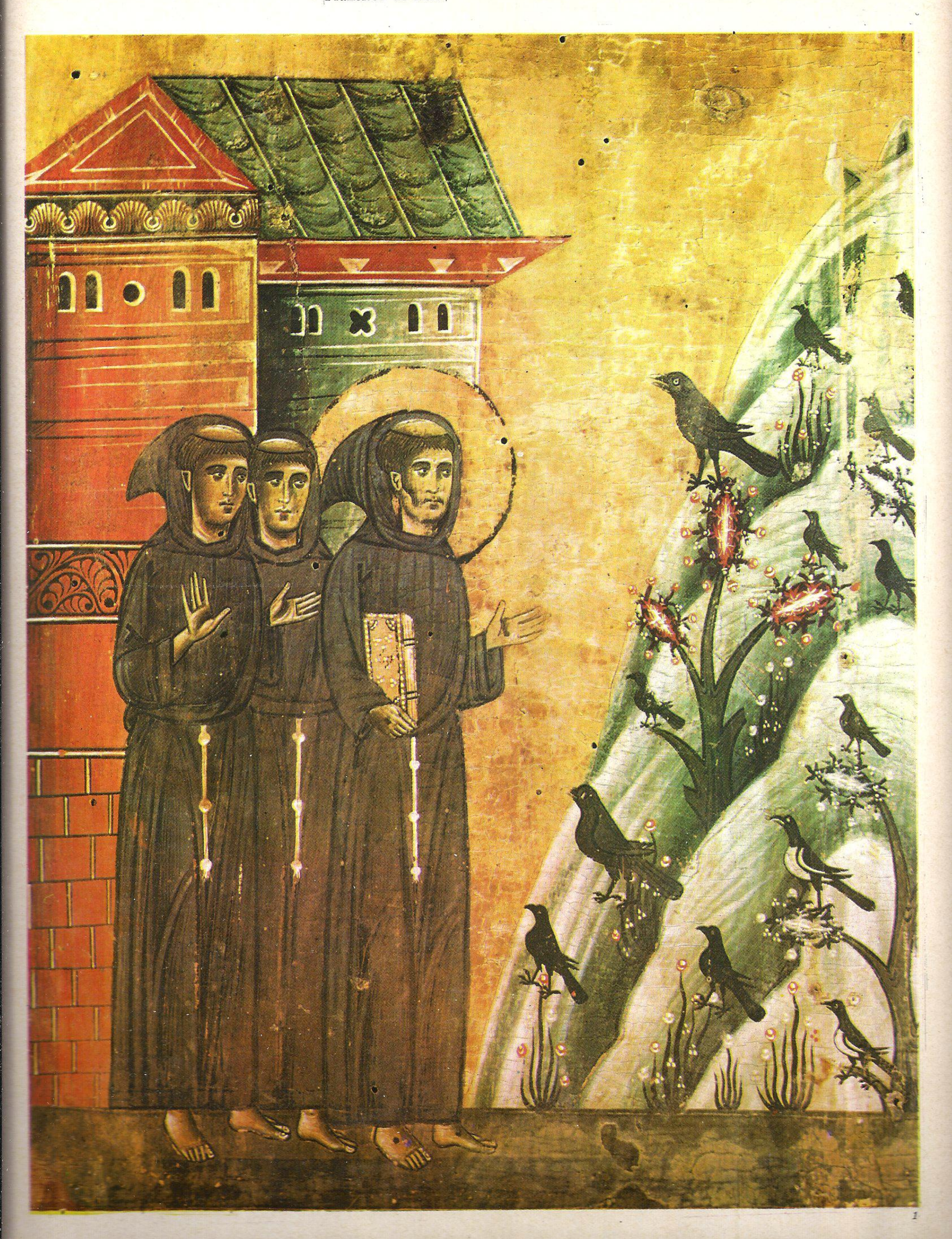
En 1215 la Iglesia vive un gran acontecimiento: el papa Inocencio III reúne un concilio en San Juan de Letrán, el cuarto que tiene lugar en esta iglesia. El concilio se pronuncia a favor de una nueva cruzada, y pone las bases para una reforma de la Iglesia. Como esta tímida "actualización" parece orientarse en el sentido deseado por Francisco, y como el papa ha hecho de la TAU marcada en la frente de los justos y cara al Santo (que la empleaba como sello en sus cartas y la pintaba en los muros de la ermita) el emblema de la reforma, se ha querido establecer relaciones precisas entre el Concilio y Francisco. Se ha pretendido que asistió, y que se encontró con santo Domingo: pero ninguna prueba existe de ello. Sin embargo, Inocencio III, Francisco y Domingo, aun con espíritu y estilo diferentes, tratan de aportar soluciones a un único problema: abrir para la humanidad, en un momento de transformación, nuevos caminos hacia la salvación. Es de esta común situación objetiva de donde se dedujo más tarde la existencia de encuentros concretos con el fin de disfrazar las divergencias que separaban a la curia romana de ambos santos y, si no de ellos mismos, por lo menos de sus hijos espirituales. Que el concilio implicara una amenaza para Francisco y Domingo y sus seguidores, es evidente. El canon 13 prohibe formalmente la formación de nuevas órdenes y el canon 10 prevé la actividad de auxiliares ante los obispos "no sólo para garantizar la predicación, sino también para escuchar las conferencias, distibuir penitencias y para todas las otras cosas referentes a la salud de las almas". Semejante papel de ayudantes subordinados a la jerarquía estaba dirigido evidentemente contra las intenciones de Domingo y de Francisco, de modo que éstos trataron de neutralizar la amenaza de maneras diversas. En el año 1216, Domingo, adoptando la regla de San Agustín para sus predicadores organizados en una confraternidad de canónigos regulares, logra fundar su orden bajo la apariencia de la simple continuación de una tradición existente. Francisco procede en una forma más discreta, atento a no transformar a sus partidarios en una verdadera orden, a fin de permitirles conservar mayor grado de elasticidad y llegar más fácilmente, por medio de la coexistencia de laicos y clérigos, a constituir un punto de convergencia entre Iglesia y laicos. Se basa en la aprobación verbal de Inocencio III, para juzgar las decisiones del concilio como no concernientes a sus cofrades ya reconocidos.

De todos modos, al pretender consolidar su posición frente a los fieles y a la jerarquía, ¿podrá ser cierto que solicitó y obtuvo en el año 1216 del nuevo papa Honorio III —como se ha sostenido— la indulgencia de la Porciúncula, esto es, la indulgencia plenaria para todos aquellos que visitaran el santuario el día aniversario de su consagración (2 de agosto), privilegio excesivo que ponía al oratorio de san Francisco en el mismo plano de Roma, Tierra Santa y Santiago de Compostela? La cosa es muy dudosa desde el momento que ningún documento digno de fe permite testimoniar la existencia, antes de 1277, de esta indulgencia, cuya leyenda debe atribuirse, por lo tanto, a la atracción precoz que el lugar ejerce sobre multitudes de peregrinos.

Como quiera que sea, Francisco dotó a sus partidarios de cierta organización que se hizo necesaria por el acrecentamiento de su número y por la expansión de su actividad. Es muy difícil suministrar datos precisos sobre las reuniones periódicas de los primeros compañeros del Santo, a las cuales se ha dado, con alguna exageración, el nombre de *capítulo*. Parece que mientras los frailes eran poco numerosos, Francisco les pidió que se trasladaran dos veces por año a la Porciúncula: en ocasión del Pentecostés y el día de San Miguel. Pero cuando su número creción y su radio de acción se extendió, no pudo convocarlos más que una vez al año. Lo que presumiblemente empezó a ocurrir ya a partir de 1216. La reunión de 1217 reviste particular importancia. En esta ocasión Francisco decidió extender más allá de los límites de Italia la predicación de sus frailes. Esta es quizás la reunión que en las *Florecillas* se convirtió en ese "Capítulo de los cañizos o bien de las esteras", lleno de inverosimilitudes, pero que restituye bajo la forma de una amena y simple fiesta campestre, la unión de los frailes que, para esa ocasión, se habían construido cabañas de cañas.

En fin, Francisco decide partir él mismo con destino a Francia junto con fray Masseo. Al pasar por Florencia hace una visita al cardenal Ugolino que se halla justamente predicando la cruzada. ¿Fué entonces —o con anterioridad— que el cardenal Ugolino se sintió fascinado por la presencia de Francisco? De todas maneras, a partir de este momento, Ugolino prodigará a Francisco y a sus compañeros eficaces consejos acompañados de sugerencias de prudencia. Y, como comienzo, persuade a Francisco para que desista del viaje a Francia: ¿el sagaz prelado teme la difusión del entusiasmo franciscano en Francia, o sabe que Francisco arriesga mucho al alejarse de su base sin haberse asegurado antes de lo que deja a sus espaldas? Los misioneros que habían abandonado Italia, no volvieron a la cabeza de nada y tuvieron además muy mala acogida, especialmente en Alemania.

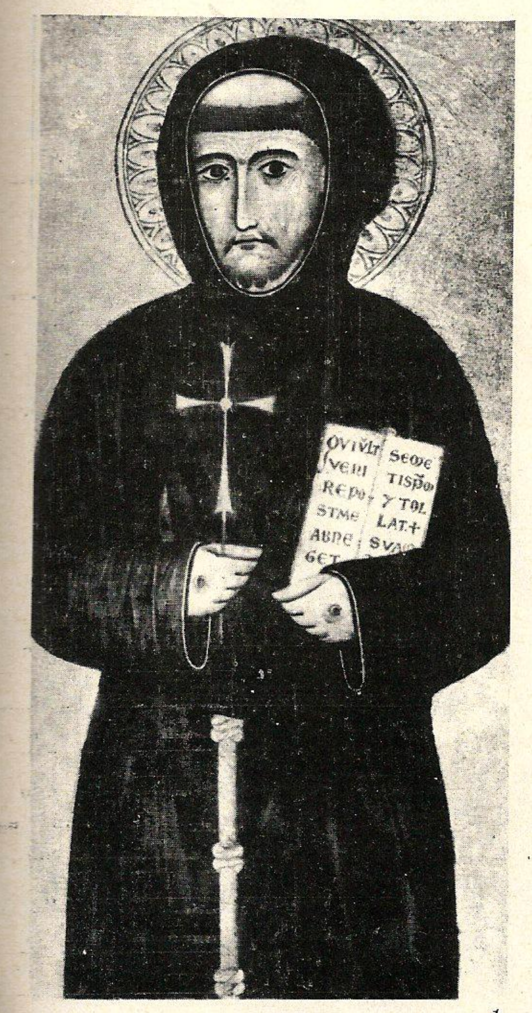
Sin embargo, en 1219, Francisco retoma su viejo proyecto: llegar a la tierra de los infieles, convertirlos o ir al encuentro del martirio. Se embarcó en Ancona el 24 de junio, asistió el 5 de noviembre a la toma de Damietta por parte de los cruzados, quedando disgustado por su sanguinria codicia; obtuvo del sultán Malikal Kamil una audiencia que no condujo a ningún resultado, y marchó a Palestina donde es probable que haya visitado el Santo Sepulcro. Se entera después que cinco de los frailes que habían partido hacia Marruecos han sido sometidos al martirio. Descompuesto ya por la noticia, recibe en seguida a un emisario que reclama su regreso a Italia a causa de la grave crisis que estalló entre los frailes durante su ausencia. En el verano de 1220 se embarca de nuevo y llega en el otoño a Venecia, de donde parece que viajó directamente a Roma. Francisco se da cuenta de que no puede recobrar el dominio de la situación sin obtener el apoyo de la curia pontificia y, por consiguiente, sin otorgarle concesiones. En las resoluciones adoptadas desde 1221 hasta 1223, en mérito a la reorganización de su movimiento, resulta a me-



En la página precedente.

1. *La predicación de san Francisco de Asís a los pájaros. Detalle del cuadro de Bonaventura Berlinghieri. Pescia, Iglesia de San Francisco.*

1. S. Francisco de Asís: *de autor anónimo del siglo XIII (detalle). Roma,* S. Francisco *a Ripa, Santuario de* S. Francisco *(Alinari).*


1

nudo difícil distinguir las intenciones del Santo de lo que le es impuesto. ¿Qué había sucedido? Por un lado, los extremistas habían dado libre desahogo a sus extravagantes tendencias: convertirse en verdaderos vagabundos, rodearse de mujeres hasta "comer con ellas en el mismo plato", dar vida a comunidades de leprosos de ambos sexos. Por el otro lado, los laxistas querían abandonar todo rastro de rigorismo, construyendo hermosas iglesias de piedra, practicando y favoreciendo los estudios, solicitando privilegios ante la curia romana. Sólo en un caso Francisco se enfureció de súbito: en el viaje de Venecia a Roma pasó por Bolonia donde fray Juan de Staccia había fundado una escuela. Los echó a todos, incluso a los enfermos, y maldijo a Juan. Entonces se adoptaron una serie de medidas más o menos conformes con sus deseos. Se impuso un año de noviciado a todos aquellos que a partir de ese momento quisieran entrar a formar parte de la comunidad. Un representante de la Santa Sede, el cardenal Ugolino, fue designado "protector", "gobernador y corrector de la fraternidad". Francisco cedió la dirección administrativa de la comunidad a Pedro Cattani, a cuya muerte, ocurrida el 10 de marzo de 1221, sucedió fray Elías. En fin, Francisco, convertido en el jefe espirtual de la confraternidad, tuvo que transformar a ésta en una verdadra Orden, dotada de una regla que constituye la "fórmula" de 1210.

La "Regula bullata"

La Regla fue presentada al Capítulo de 1221, y suscitó tales reservas por parte de los frailes como de la curia romana, que se decidió someterla al cardenal protector. Durante el tiempo de espera, y con el fin de encuadrar a la multitud de laicos ansiosos por entrar en la Orden, se instituyó una *Tercera Orden* por sugerencia probable de Ugolino, inspirado en ese sentido por la reciente institución de los *humillados*. Seguramente, la Tercera Orden respondía a las intenciones de Francisco, deseoso de conservar para su confraternidad el carácter de una pequeña comunidad de puros. Según Tomás de Celano, el Santo habría exclamado suspirando: "¡Hay demasiados frailes menores! ¡Ah! ¡Llegará el día en que la gente, en vez de encontrarme a cada paso, se lamentará de verme cada tanto!, y según las *Florecillas* habría dicho a la gente de Cannara que quería abandonarlo todo para seguirle: "No os apuréis demasiado!. Pero la Tercera orden, por la forma que le fue impresa, correspondía sobre todo a los deseos de la Santa Sede de poner un dique al avance franciscano y desviarlo a su favor, haciendo de él una milicia laico-religiosa al servicio de los propios intereses espirituales y temporales. A partir de diciembre de 1221 el papa Honorio III utilizó a los numerosos terciarios franciscanos de Faenza contra el partido imperial. La Tercera orden terminó por convertirse en un instrumento de la política güelfa. Acaso no sea casualidad el que la primera comunidad de la Tercera orden franciscana se haya fundado probablemente en Florencia, ciudad güelfa por excelencia, en marzo de 1221 y durante una visita de Francisco y del cardenal Ugolino. De todas maneras, la Regla de la Tercera orden, seca y jurídica, redactada en 1221 y aprobada por el papa, lleva el sello personal de Francisco. Fue probablemente entonces que Francisco tuvo que aprobar la enseñanza inaugurada por Antonio de Padua en aquel convento de Bolonia, del que, poco tiempo antes, había expulsado a Juan de Staccia y sus discípulos, culpables, sobre todo, de haberse dedicado a los estudios. Pero la carta escrita por Francisco a Antonio, y de la cual se ha extraído esta hipótesis, no reviste segura autenticidad.

En el ínterin, el papa y el cardenal Ugolino habían solicitado a Francisco que retocara el proyecto de regla de 1221. Francisco se retiró a la ermita de Fuente Colombo, cerca de Rieti, en compañía de fray León y de otro compañero que tenía nociones de derecho, fray Bonizzo. Pero los retoques efectuados, sin embargo, no le parecieron suficientes a fray Elías que, después de haber recibido de manos del propio Francisco el texto de la regla, lo extravió. Francisco se consagró a rehacer el trabajo junto con fray León; difícil empresa, porque se sentía desalentado y acaso también amargado. Sin mucha ternura reclazaba a los frailes que venían a importunarlo para que introdujera en el texto disposiciones contrarias a sus intenciones. Finalmente, la nueva regla estuvo ya lista en la primavera o en el verano de 1223; enviada a Roma, donde todavía fue objeto de otros retoques del cardenal Ugolino, fue aprobada por el papa Honorio III con la bula fechada el 29 de noviembre de 1223, *Solet annuere*, de donde toma el nombre de *Regula Bullata*.

La mayor parte de las citas evangélicas de la Regla de 1221 habían sido suprimidas, y los pasajes líricos habían sido sustituidos por fórmulas jurídicas. Fue suprimido un artículo que autorizaba a los frailes a desobedecer a los superiores indignos. Y la misma suerte sufrieron las prescripciones relativas a los cuidados que debían prodigarse a los leprosos y las destinadas a obtener de los frailes el ejercicio de una rigurosa pobreza. La Regla dejaba de insistir en la necesidad del trabajo manual y dejaba de prohibir a los frailes que tuvieran libros consigo.

Con la muerte en el alma, Francisco aceptó la regla así reformada. Los biógrafos definieron este período de su vida, hacia fines de 1223, como la "época de la gran tentación": esto es, tentación de abandonar completamente la nueva orden, si no la ortodoxia.

Después se resignó y se aplacó. "Pobre hom-

brecillo, le dijo el Señor, ¿por qué te pones triste? ¿Tu orden no es mi orden? ¿Acaso no soy yo el pastor supremo? Deja, pues, de afligirte y preocúpate, más bien, por tu salvación.".

Así Francisco llegó a considerar la propia salvación como independiente de la Orden nacida de él mismo, y en definitiva muy a su pesar. Y se encaminó serenamente hacia la muerte.

Hacia la muerte

Tomás de Celano dividió la *Vida Primera* de San Francisco en dos partes, muy desproporcionadas desde el punto de vista cronológico. La segunda parte sólo cubre los dos últimos años de la vida de Francisco, desde 1224 hasta 1226. Francisco se ha retirado ya del mundo; según las palabras del biógrafo, ha "abandonado las multitudes seculares que día a día acudían llenas de devoción para escucharlo y verlo. Tomás de Celano termina la primera parte con una larga nota de dulzura y suavidad. El amor de Francisco desborda hacia los pobres cuyos fardos y haces de leña carga sobre sus propias espaldas, hacia los animales —incluso las serpientes, y sobre todo hacia las cabras, los corderos cuya venta impide, y a los que también impide que se los mate rescatándolos mediante el regalo de su manta, hacia todas las criaturas, desde los gusanos y las abejas hasta las mieses, las viñas, las flores, los bosques, las piedras y los cuatro elementos. Y la escena del pesebre de Greccio corona este lírico final.

Podemos encontrar al final de la vida de Francisco otros movimientos y otra orquestación. Después de la "gran tentación", una larga calma en la que se alternan y se mezclan episodios de desbordante ternura y de sublimes sufrimientos, conduce a Francisco, a través de una lenta e interminable agonía, a su último aliento.

El primer episodio es la Navidad de 1223. Francisco responde a la invitación de una de los nobles que ha tocado, Juan Velita, señor de Greccio. Celebrará la Navidad en medio de grutas y de ermitas en una montaña escarpada. Le pide a su amigo que reconstruya el pesebre de Belén tal como se lo sugiere su imaginación poética: "Deseo recordar al niño que ha nacido en Belén y ver con mis ojos carnales las necesidades de su infancia angustiada, cómo reposó en el corral, y cómo, entre el buey y el asno, fue acomodado sobre el heno." De todas partes, esa noche de Navidad, hombres y mujeres de los alrededores escalan la montaña con tantas velas y antorchas que la noche queda totalmente iluminada. Todos cantan, el monte difunde sus voces, las rocas las devuelven. Se celebra la misa. El Santo de Dios se encuentra frente al pesebre, canta el Evangelio, predica "con su voz vehemente, con su voz dulce, con su voz clara, con su voz sonora" y anuncia las recompensas eternas. Uno de los asistentes tiene una visión: ve de improviso al niño acostado en el pesebre y a Francisco inclinarse sobre él para despertarlo. Greccio se convirtió en una nueva Belén. Francisco, después de pasar el invierno y la primavera de 1224 en Greccio, vuelve a la Porciúncula para el capítulo general de junio, el último al que asistió; y arribó después a otra ermita, que le donara Orlando de Chiusi en Casentino, la ermita de La Verna. No iban con él sino pocos frailes, los más cercanos a su corazón: los "tres compañeros" León, Ángel y Rufino; Silvestre, Iluminado, Masseo y tal vez, Bonizzo. Llegado con ellos a La Verna, los deja a menudo para retirarse en soledad, y se abandona a la contemplación. Un día abre el único libro que lee y que ha llevado consigo, el Evangelio, y se sumerge en el relato de la pasión de Cristo. Y un día, quizás el 14 de septiembre, tiene la última visión: hay un hombre sobre su cabeza, con seis alas como un serafín, los brazos abiertos y los pies juntos, clavados en una cruz. Y mientras, pleno al mismo tiempo de alegría y de tristeza, medita sobre esta visión, se le van formando en sus manos y pies estigmas sangrientos, y una llaga en el costado del cuerpo. Francisco ha cumplido su camino hacia la imitación de Cristo. Es el primer estigmatizado del Cristianismo, el "siervo crucificado del Señor crucificado". El hecho lo llena de confusión. Trata de ocultar los estigmas cubriendo con vendas las manos y los pies. Los únicos contemporáneos presentes, según Tomás de Celano, son fray Elías, que los vio y fray Rufino que los tocó. A su muerte, los asistentes se precipitaron sobre su cuerpo y el número de los que afirman haber visto los estigmas de san Francisco no cesó de crecer en el curso del siglo XIII. Sintiéndose confirmado en su misión por los estigmas, Francisco reanuda durante el otoño de 1224 sus peregrinajes, a la grupa de un asno. Pero sus enfermedades se multiplican. Se ha vuelto casi ciego y sufre terribles dolores de cabeza. Santa Clara, a la que visita en San Damián, lo retiene algunas semanas para curarlo. Se construye una cabaña de mimbre en el jardín y aquí conoce uno de sus últimos períodos de paz en la tierra. Suele creerse que es aquí donde compuso el *Cántico del hermano sol*, el cántico de todas las criaturas. Fray Elías lo persuade finalmente de que consulte a los médicos del papa, cuya corte está establecida a la sazón en Rieti. Lo acompaña como una madre, según Tomás de Calano; como un guardián, según otros historiadores. En Rieti, Francisco es alojado en el palacio episcopal, o bien, como refiere la *Leyenda antigua*, en la casa de "Tebaldo el Sarraceno", probablemente médico musulman del papa. Inútil resulta la ciencia de los doctos, y el estado de Francisco se agrava. Lo reclaman los frailes de Siena, quienes afirman que pueden cuidarlo y tal vez curarlo. Por el contrario, su estado se precipita a tal punto que les dicta su testamento(cosa de la que Tomás de Celano no hace mención) y acude fray Elías. Pero Francisco mejora. Abandona entonces Siena con fray Elías para ir a la ermita de Celle cerca de Cortona. Pero aquí el mal se reagrava con tal violencia que Francisco pide que lo lleven a Asís, y más precisamente a la Porciúncula. Empero, si el deseo de fray Elías era de que Francisco muriera en Asís, cuna del franciscanismo, permanecer en la Porciúncula constituía un serio peligro. A comienzos del siglo XIII, en efecto, la mentalidad y el comportamiento de las masas y de los individuos en relación con los personajes reputados santos no se modificaron respecto del siglo IV, cuando la población de Tours le robó el cadáver de san Martín a la población de Poitiers, ni de fines del siglo X, cuando los catalanes intentaron matar a san Romualdo enfermo para conservar sus reliquias. En torno de san Francisco moribundo velan las ansias en procura del santo cadáver. El gran temor de la población de Asís reside en su tradicional enemigo, el pueblo de Perusa. Ahora bien, la Porciúncula, en la llanura, se encuentra a merced de un golpe de mano de los perusinos . . . Se transporta entonces al moribundo en el interior de los bastiones, en el palacio episcopal donde Francisco será puesto a buen reparo de los perusinos y de los franco-tiradores de la religión. Menos que nunca Francisco se siente cómodo, a su gusto, en los palacios de la Iglesia. Finalmente obtiene su traslado a la Porciúncula. Aquí lo velan los frailes y lo custodian grupos de hombres armados de Asís que se turnan. Francisco ha llegado a los últimos actos de la imitación de Cristo, de la que antes de tiempo recibió la marca final con los estigmas. El 2 de octubre procede a la Cena. Bendice el pan y lo corta para distribuirlo entre sus hermanos. Al día siguiente, el 3 de octubre de 1226, se hace cantar el *Cántico del hermano Sol*, se hace leer la Pasión según el Evangelio de Juan, y se hace depositar en el suelo sobre un cilicio cubierto de cenizas. Uno de los frailes presentes ve de improviso a su alma, como una estrella, elevarse al cielo. Tenía cuarenta y seis años.

Después, todo se desarrolla muy aceleradamente. El gentío sobre el cuerpo para ver los estigmas y tocar la santa reliquia. Las exequias —aún simples— el 4 de octubre con un alto en San Damián, donde santa Clara cubre de lágrimas y de besos el cuerpo de su celeste amigo, y la sepultura provisoria en San Jorge. Después, el 17 de julio de 1228, a menos de dos años de la muerte de Francisco, la canonización pronunciada por el papado, que, si por lo general no procede con tanta solicitud, tiene ahora interés de poner término a las controversias sobre este santo. Cierto es que el papa es el cardenal Ugolino, convertido en Gregorio IX, y que rinde a su protegido un homenaje

en el que se mezclan veneraciones y designios políticos. Y el 25 de mayo de 1230 se registra la injuria de la inhumación en la cripta de la basílica antifranciscana que fray Elías hace erigir con toda ostentación. La última traición será la insoportable basílica de Santa María de los Ángeles, con la que el catolicismo post-tridentino disfrazará —anunlándola— a partir del año 1569, la humilde y auténtica Porciúncula.

Las obras y la obra

San Francisco no ha escrito mucho. Aun cuando dispusiéramos de la primera regla, las cartas y los poemas que se han perdido, todas sus riquezas ocuparían tan sólo un pequeño volumen. La edición de los franciscanos de Quaracchi está dividida en tres partes: I. Las admoniciones y las reglas; II. Las cartas; III. Las oraciones. Con el pretexto de no publicar más que las obras en latín, los Padres de Quaracchi han mutilado la obra escrita de Francisco, privándola de una obra maestra esencial, el *Cántico del hermano Sol*, en italiano. Es preferible, pues, mejorar e integrar esta presentación, coom lo han hecho en italiano, Víctor Facchinetti y Santiago Cambell (I. Legislación seráfica; II. Las directivas del Padre; III. La correspondencia de un santo; IV. Himnos y oraciones, comprendido el *Cántico del hermano Sol*), y en francés, Alejandro Masseron (I. El legislador; II. El mensajero; III. El amigo; IV. El Santo y su predicación; V. El poeta).

Pero, aun bajo la diversidad de sus formas exteriores, estos opúsculos son sólo contribuciones a una misma obra: la formación espiritual de sus frailes y, más allá de eso, la comunicación de un mensaje a la humanidad. Francisco no fue un escritor sino un misionero que integró con algunos escritos un mensaje expresado ya con la palabra y el ejemplo.

Entre la Regla de 1221 que no fue aprobada y la regla todavía vigente entre los menores, confirmada en 1223 por una bula pontificia, existen algunas diferencias que, en su esencia, hemos subrayado, entre los cuales cabe citar la reducción a 12 artículos del texto total de 23, ricos de citas evangélicas y de efusión lírica.

El exordio sostiene la necesidad de que los menores respeten los tres votos de obediencia, pobreza y castidad. El fin que se les asigna en la primera regla, de "seguir la enseñanza y el ejemplo de Nuestro Señor Jesús Cristo", recibe una formulación más abstracta en la segunda, de "observar el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesús Cristo". Los ministros generales de la Orden obedecerán al papa, y los frailes a los ministros generales.

Siguen después las condiciones que deben reunirse para ser admitidos en la Orden: el año de noviciado, la cesión de los bienes personales a los pobres; la descripción de los hábitos: una túnica con capucha, otra sin capucha, un cinturón, un par de calzoncillos, todo de burda tela. La segunda regla agrega, en caso de necesidad, el calzado. El *opus Dei* ha quedado reducido. Para los clérigos, el oficio divino y el breviario; para los laicos, veinticuatro *Pater* a los Maitines, cinco a las Laudes, siete a la Primera, Tercera, Sexta y Novena, doce a las Vísperas y siete a las Completas; para los difuntos, la oración. La prohibición de tener consigo otros libros que el breviario y el libro de los salmos —y sólo para los que saben leer— desaparece en la segunda regla. De los dos ayunos impuestos en la primera regla, del día de Todos los Santos a la Navidad, y de la Epifanía a Pascua, el segundo, en la segunda regla, se reduce a la Cuaresma, tornándose facultativo el ayuno de la Epifanía a la Cuaresma. A todo esto se agrega el ayuno del viernes. Pero queda proscripto todo tabú alimenticio.

Las relaciones entre los ministros y los otros frailes son a un tiempo más suscintas y más estrechas en la segunda regla. El deber de desobediencia de los frailes en el caso de que los ministros ordenen algo contrario a la regla o a la conciencia, "porque no hay virtud de obediencia allí donde se comete delito o pecado", desaparece a la par que la interdicción de usar el apelativo de "prior", debiéndose llamar todos "frailes menores". Los ministros no deberán ordenar a los frailes sino lo que no contradiga al bien de su alma y a la regla, pero los frailes están obligados a una total obediencia. Desaparece también para todos, ministros y frailes, la obligación de lavarse los pies unos a otros. Se mantiene la prohibición absoluta de recibir dinero, aunque sin la letanía de precisiones y maldiciones del primer texto, con el agregado de la posibilidad para los ministros y los padres guardianes de recibir, por intermedio de "amigos espirituales", lo necesario para cuidar a los enfermos y vestir a los frailes "según los lugares, los tiempos y los países fríos".

Las prescripciones concernientes al trabajo también resultan suavizadas. Ya no se exige más a todos el trabajo, sino que se lo permite solamente a los frailes "a quienes el Señor ha concedido la gracia del trabajo". Se exalta la mendicidad: es "la cumbre sublime de esa altísima pobreza, que ha hecho de vosotros, queridos hermanos míos, herederos y reyes del reino de los cielos". Pero queda desprovista del contexto que, en la primera regla, daba un sentido a su ejercicio. Ese contexto era doble: social y apostólico. Por un lado, la mendicidad ponía concretamente a los frailes entre los pobres: "Y deben sentirse felices cuando se encuentran entre gente insignificante, entre los pobres y los débiles, entre los enfermos, los leprosos y los mendicantes del camino." Todo este cortejo de pobre involuntarios que confiere un sentido a la pobreza voluntaria, desaparece del segundo texto. Así también la remisión cristológica y apostólica a Jesús —"y fue pobre y peregrino y vivió de limosnas él mismo y con él la beata virgen y sus discípulos"— cede el lugar a una vaga ilusión a la pobreza de Cristo —"el Señor, por amor de nosotros se hizo pobre en este mundo"—. De todas las prescripciones relativas a la práctica de la pobreza durante el viaje —"cuando los frailes van por el mundo, no lleven nada para el viaje, ni bolsa, ni alforjas, ni pan, ni dinero, ni bastón"— no queda más que la prohibición de ir a caballo, salvo en caso de enfermedad o de grave necesidad.

Las condiciones para la elección del ministro general, reservadas a los ministros provinciales y a los padres guardianes, y la convocatoria del capítulo general de Pentecostés, normalmente cada tres años, se fijan en términos precisos, pero a su vez los electores pueden deponer a un ministro general que parezca inadecuadro al cumplimiento de sus fines y al servicio común de los frailes.

La predicación, ordenada en la primera regla a todos los frailes, en la segunda regla se halla estrictamente reglamentada. No puede realizarse sino en las diócesis cuyos obispos presten su autorización. Debe estar subordinada a un examen y a una licencia concedida por el ministro general. Debe limitarse a prédicas breves y relativas tan sólo a temas morales y edificantes —no de teología, de dogma ni de argumento alguno dependiente de la jurisdicción eclesiástica— "para utilidad y edificación del pueblo, hablándole de los vicios y de los virtudes, de la pena y de la gloria, con brevedad de sermón".

La condenación, detallada y severa, concerniente a la frecuentación de mujeres y a la fornicación, es sustituida por un breve artículo que prohibe, especialmente a los frailes, entrar, salvo bajo permiso especial, en los monasterios de monjas.

El largo artículo relativo a la misión —sumamente favorecida— ante los sarracenos y otros infieles, queda reducido a cuatro líneas en las que se recomienda a los ministros no conceder permiso sino con gran prudencia, y la segunda regla concluye con la mención del cardenal impuesto por el papa a la Orden "como gobernador, protector y corrector de esta fraternidad". Pero en la última línea Francisco pudo citar el "Santo Evangelio del Señor Nuestro Jesús Cristo". A estos dos textos esenciales deben agregarse las *Admoniciones*, el de *La religiosa habitación en la ermita*, el *Testamento* y el *Pequeño Testamento*.

Las 28 admoniciones son pequeños textos espirituales muy simples que compendian la enseñanza relativa a la práctica de la vida religiosa que Francisco había formulado oralmente a sus frailes y que no había hallado lugar en la regla, tratándose más de recomendaciones que de prescripciones obligatorias. Es un breve tratado sobre el buen

y el mal religioso —"el sermón de la montaña de san Francisco".
El texto sobre la vida dè los frailes en las ermitas completa asimismo la regla, que permanece muda casi en lo que se refiere a los retiros a la soledad, que correspondían a una tradición ermítica apreciada y practicada por Francisco y sus compañeros. Regula sobre todo las relaciones entre vida activa y vida contemplativa en el curso de esos retiros. En grupos de tres o cuatro, los frailes debían dividirse en dos "madres" que conducían la vida activa de Marta, y en uno o dos "hijos" que conducían la vida contemplativa de María Magdalena.
El *Testamento,* probablemente escrito en Viena durante el invierno de 1225-1226, es un texto capital. Francisco quiso hacer de él un complemento de la Regla y conferirle al mismo título fuerza de ley dentro de la Orden, lo que el juez Gregorio IX se apresuró a anular desde 1230 con la bula *Quo eloganti.* Francisco parece haber tratado de reintroducir cierto número de principios o prescripciones que habían sido eliminados o suavizados en la Regla de 1223. Se ha dicho ya que, cual si previera que sus intenciones no habrían de ser respetadas, Francisco tiñó este texto de "una desconsolada tristeza que deja sentir a veces un acento de desesperación". Si proclama su veneración por las iglesias, su fe en los curas, comprendidos los teólogos, también evoca el papel decisivo de los leprosos en su conversión, la inspiración que no ha recibido más que de Dios al definir su ideal, la obligación del trabajo manual, la necesidad de no detenerse "sino como extranjero y peregrino" en iglesias pobres y en conventos, la absoluta prohibición de solicitar privilegios a la corte romana, el estricto deber de seguir la Regla y el *Testamento,* sin agregarle ni sustraerle nada.
Finalmente el *Pequeño Testamento,* dictado por san Francisco a fray Benito en abril de 1226, después de haber dado la bendición a "mis hermanos que están en la Orden y que en ella entrarán hasta el fin del mundo", subraya los tres principios esenciales: el amor entre los hermanos de la Orden, el respeto a "nuestra señora la Santa Pobreza" y la obediencia a la "Santa madre Iglesia".
Lo que queda de las cartas, aun ateniéndose a las que son sin duda auténticas, atestigua la actividad epistolar de Francisco hacia los compañeros, la Orden, y todos los cristianos. De las cartas a los amigos, queda una dirigida a fray León: "Así te digo, hijo mío, como madre, que todas las palabras que dijimos por el camino brevemente, las reúno en esta palabra y consejo; y no es necesario que ulteriormente vengas a mí en busca de consejo, porque así yo te advierto: De cualquier modo que te parezca mejor gustar al Señor y seguir sus pasos y su pobreza, hazlo con la bendición de Dios y con mi obediencia. Pero si te es necesario para



1



2

tu alma o para tu consuelo, y quieres, León, venir a mí, ven a mí".

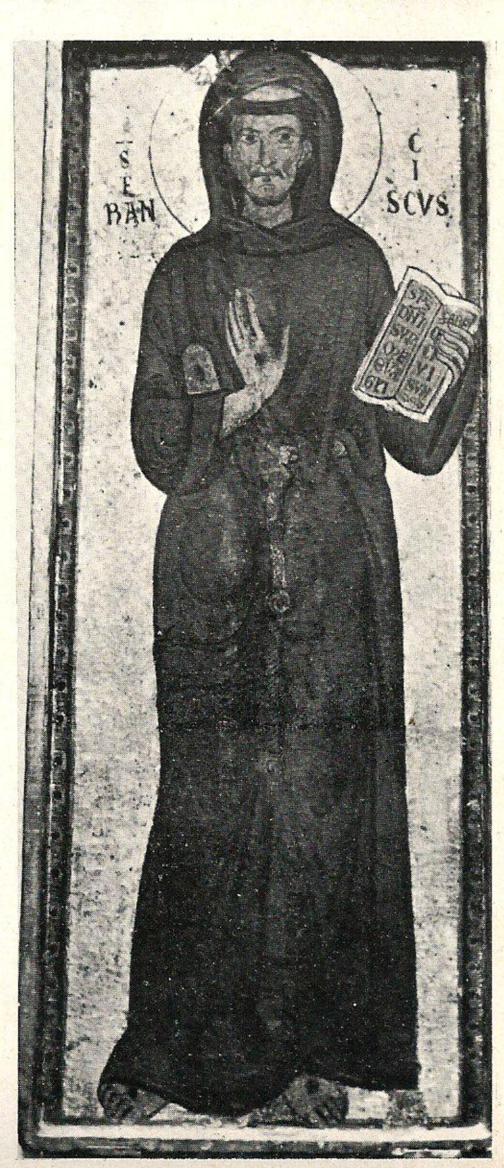
También está destinado a fray León un documento excepcional, un pergamino autógrafo de Francisco conservado en el Sagrado Convento de Asís, que lleva a un lado las *Loas de Dios,* y del otro la *Bendición de fray León,* con el signo de la TAU. Francisco la escribió en setiembre de 1224 en La Verna. Otra carta de amigo es la que hizo llegar poco antes de su muerte, pidiéndole que se apresurara si aún quería verlo vivo, a la única figura femenina que, junto con santa Clara, aparece en la vida del Santo, la noble dama romana, Giacomina dei Settesogli —por él llamada "hermana Giacomina"—, la que solía prepararle un dulce de almendras que amaba degustar durante su enfermedad en Roma.

Las cartas referentes a la actividad de la Orden comprenden una carta (de obediencia) en la que ordena a fray Ángel de Pisa que se traslade a Inglaterra para cumplir la función de ministro, una carta a un ministro concerniente a los problemas de la Regla sobre los cuales éste deberá reflexionar antes del capítulo de Pentecostés, y una carta al capítulo general y a todos los hermanos, que contiene, además de su confesión por haber pecado "sea por negligencia, sea a causa de mi enfermedad, sea porque soy ignorante e iletrado", algunas prescripciones relativas a la Eucaristía, la misa, la Sagrada Escritura y el canto, en el que es preciso prestar atención no "a la melodía de la voz, sino a la correspondencia con la mente".

La exhortación dirigida a la cristiandad comprende una carta a todos los clérigos y una carta a todos los fieles; la primera, cuyo texto proviene del monasterio de Subiaco con el que Francisco mantuvo relaciones debidas ya a su gusto por la vida de ermitaño, ya a su deseo de conectarse con una tradición benedictina auténtica, exhorta a los clérigos a respetar el Santo Sacramento. La segunda, más bien extensa, es un llamado a la penitencia. El interesante cuadro que se va formando del impenitente moribundo, rodeado de parientes y amigos que, fingiendo llorar están en realidad apurados por adueñarse de su fortuna, revela, además del talento satírico del autor, la aparición de un tema que tendrá éxito en las postrimeras de la Edad Media. Los himnos y las oraciones manifiestan asimismo un aspecto aún más profundo del genio del Santo: su sensibilidad poética y lírica. Las *Loas al Señor,* la *Salutatio B. Virginis,* y la *Salutatio Virtutum,* el oficio de la Pasión del Señor testimonian el sentido litúrgico de san Francisco, su necesidad de resolver en efusión su meditación y contemplación, los centros de atracción de su devoción: el Señor como creador omnipotente, el Cristo como Crucifijo, la Virgen como esposa del Señor, las virtudes como santas Mujeres de la religión: santa Sabiduría, pura y santa Simplicidad, santa Pobre-



1



2

En la página precedente.

1, 2. Dos escenas de la vida de san Fran-Francisco, del cuadro de Bonaventura Berlinghieri. Pescia, Iglesia de S. Francisco.

1. San Francisco e Historias de su vida, *escuela de Giunta Pisano. Pinacoteca Vaticana* (Alinari).

2. S. Francisco de Asís, *de autor anónimo (hacia 1230?). París, Museo del Louvre.*

za, santa Humildad, santa Caridad, santa Obediencia. Pero esta contribución de Francisco a la poesía espiritual tan característica del siglo XIII, queda eclipsada por su obra maestra del lirismo, el *Cántico del hermano Sol*. Este poema nos habla de los exordios de la poesía italiana y ha sido definido por Renán como "el más bello trozo de poesía religiosa después de los Evangelios". El *Cántico* atestigua el amor fraterno de Francisco por todo lo creado.

San Francisco ¿medieval o moderno?

La novedad del mensaje de Francisco, de su estilo de vida y de apostolado impresionaron muy pronto a sus contemporáneos. Si puede parecer que Tomás de Celano, inclinado a insistir sobre la originalidad de un Santo del que era discípulo y de una orden a la que pertenecía y sobre la cual estaba encargado, en cierto modo, de llamar la atención, haya exagerado en este sentido, piénsese que en una época en que la tradición representaba un valor esencial y la novedad era motivo de escándalo, tuvo necesidad de una fuerte incitación para poner tan en evidencia la novedad de Francisco y de su acción: "En la postración en que —no en particular sino en general— había caído por doquiera la doctrina evangélica, él fue enviado por Dios para testimoniar ante todo el mundo, igual que los Apóstoles, la verdad. Su enseñanza mostró hasta la evidencia la estulticia de toda la sabiduría del mundo, y la llevó en poco tiempo, con la ayuda de Cristo por medio de la sencillez de su prédica, a la verdadera sabiduría de Dios: nuevo evangelista en estos últimos tiempos, lo mismo que un río del paraíso inundó al mundo entero con las aguas fluentes del Evangelio, y con las obras predicó el camino del Hijo de Dios y la doctrina de la verdad. Así es como por él y con él se ha engendrado sobre la tierra un inesperado fervor; y la santa renovación con el germen de la antigua religión, ha rejuvenecido las ramas muy secas ya y endurecidas. Nuevo vigor se infundió en el corazón de los elegidos y en medio de ellos se ha esparcido una saludable unción, apenas como una luz celeste el santo siervo de Cristo con una nueva forma de santidad y con prodigios nuevos difundió su luz. Por él se han repetido los antiguos milagros, cuando en el desierto de este mundo, a la manera antigua, pero con renovado orden fue plantada la fructífera vid" (*Vida Primera*, págs. 89-90).
Los historiadores de fines de los siglos XIX y XX hicieron coro y exaltaron la modernidad de san Francisco, inniciador del Renacimiento y del mundo moderno. El francés Emile Gebhart, en su obra *Italia mística* (París, 1906), asimilaba a Francisco de Asís con Federico II y veía en estos dos primeros grandes *modernos* del medioevo, a quienes, cada uno en su esfera, habían liberado a Italia y a la cristiandad del desprecio del mundo, de la obsesión del diablo, del peso del Anticristo. Francisco era el *liberador*: "Los rasgos distintivos de la religión franciscana, la libertad de espíritu, el amor, la piedad, la serenidad gozosa, la familiaridad constituirán durante mucho tiempo la originalidad del cristianismo italiano, tan diferente de la fe farisaica de los bizantinos, del fanatismo de los españoles y del dogmatismo escolástico de Alemania y de Francia. Nada de eso que, por todas partes, ha oscurecido o trabado las conciencias, ni la metafísica sutil, ni la teología refinada, ni las inquietudes de la casuística, ni el exceso de disciplina y de penitencia, ni el escrúpulo extremo de la devoción, pesarán más sobre los italianos".
Un campo en el que se ha pretendido que la influencia de san Francisco, de su sensibilidad, de su devoción, ha sido decisiva y ha empujado al Occidente a los nuevos caminos de la edad moderna, es el arte. El movimiento franciscano se encontraría en los orígenes del Renacimiento. El alemán Henry Thode lo sostuvo en un libro de 1885 que hizo época: *Franz von Assisi und die Anfänge der Kunst der Renaissanse in Italien* (Francisco de Asís y los comienzos del arte del Renacimiento en Italia). Francisco habría dramatizado la religión cristiana y desempeñado un papel decisivo en el desarrollo de las *Loas* y de las *Representaciones Sagradas*.
Habría difundido el gusto por las anécdotas edificantes, los *exempla*, de donde deriva la relación de la pintura con la anécdota y la vida común. Habría descubierto a la naturaleza en su forma sensible, e introducido en la iconografía el retrato y el paisaje. De él arrancaría en el arte el realismo y el relato. Pero un examen más atento nos muestra que la mayor parte de las corrientes que se hacían derivar de san Francisco, tenían una fuente anterior a él. Consideremos algunos temas precisos: sobre el filo de los siglos XII y XIII vemos, en las pinturas de crucifijos, el paso de la figura de Cristo en la gloria del Cristo en actitud doliente, la detención de la Virgen en su majestad frente a la Maternidad, la tendencia de la iconografía de los santos a separarse de las figuras estereotipadas y de los atributos simbólicos, para adherir a la verdad de la biografía y de sus rasgos. Desde el año 1215 el Paliotto de Berardenga, en la Pinacoteca de Siena, narra en seis pequeños paneles anecdóticos, en torno a la figura del Cristo en el trono, la historia de la Cruz. Al mismo tiempo, los historiadores se sintieron impresionados por la novedad del tipo de santo impuesta por Francisco a sus contemporáneos, que se percibía desde la *Vida Primera* de Tomás de Celano, donde, junto a la descripción del hombre íntimo de Francisco está representado con un realismo sumamente preciso y detallado, el hombre exterior, esto es Francisco bajo la apariencia física que se opone a la tradicional belleza del santo, grande y rubio —canon estético con el que se marca al caballero nórdico. Se describe a Francisco como "de mediana estatura, casi pequeño, cabeza redonda y proporcionada, rostro alargado, frente chata y pequeña, ojos medianos, negros e ingenuos, cabellos muy oscuros, cejas derechas, nariz diminuta y rectilínea, orejas chicas pero rectas, las sienes chatas, los dientes bien alineados, regulares y blancos, labios finos, barba negra, pelo desigual, cuello fino, espaldas erguidas, brazos cortos, manos pequeñas, dedos afilados, uñas largas, piernas débiles, piel lúcida y descarnada . . .". El único retrato contemporáneo de Francisco —el de Subiaco— ha pintado al hombre interior según los cánones de la belleza tradicional (a menos que los cabellos rubios y los ojos azules se deban a una restauración desprovista de fidelidad del siglo XIX, mientras que el retrato, posterior, de Greccio, evoca correctamente al hombre pequeño y moreno que debía hablar para seducir a las multitudes, esa "pulguita negra" con la que él mismo se compara. Se vuelve a encontrar a este Francisco de mísero aspecto en las *Florecillas*, mendigando sin éxito con fray Masseo. "Como Francisco era hombre de aspecto miserable y de pequeña estatura, y por esta razón pasaba por un vil probrecillo ante aquellos que no le conocían, no recibía nada más que algún bocado y restos de pan duro; pero a fray Masseo, que era hombre grande y de prestancia, le daban muchos buenos bocados y panes enteros". Pero este retrato realista de un santo, se encuentra ampliamente esbozado ya, medio siglo antes, en la *Vida de San Bernardo*, donde el hombre exterior, sin ser objeto de la misma atención que el hombre interior, resulta descripto , sin embargo sin la menor complacencia. Por lo demás, Francisco está en perfecta consonancia con las tendencias esenciales de la sensibilidad gótica ansiosa de realismo, de luz y de delicadeza. Pero si él no ha creado esa sensibilidad, con su prestigio, con su influencia, con su orden, la ha ayudado y reforzado y prolongado de manera singular. En el *Cántico del hermano Sol*, a pesar de la alusión al simbolismo del sol, imagen de Dios, las estrellas, el viento, las nubes, el cielo, el fuego, las flores, las hierbas son vistas y amadas, ante todo, en su ser sensible, en su belleza material. El amor que les ha prodigado, se transfiere a los artistas que de allí en adelante querrán representarlas *fielmente*, sin deformarlas ni cargarlas con el peso de símbolos alienantes. Así ocurre con los animales, que dejan de ser simbólicos para volverse reales.
San Francisco ha sido, pues, moderno, porque tal era su siglo. Y no se disminuye su originalidad ni su importancia al comprobar, como lo ha hecho admirablemente Luis Salvatorelli, que "no brota como un árbol mágico en medio de un desierto" sino que es el producto de un lugar y de una época, "la Italia comunal en su apogeo".



1

1. S. Francisco, *del "Maestro de S. Francisco" (detalle). Asís,* S. María de los Ángeles, *Museo.*

En este contexto hay tres fenómenos que son decisivos para la orientación de san Francisco: la lucha de las clases, el ascenso de los laicos y el progreso de la economía monetaria.

Lo que lo afectó durante mucho tiempo fue la aspereza y la frecuencia de las luchas sociales y políticas en las que él mismo hubo de tomar parte antes de su conversión. Las luchas entre los partidarios del papa y los partidarios del emperador, entre ciudades, entre familias, no hacen más que ampliar y agudizar las oposiciones entre los grupos sociales. Francisco que, en su condición de hijo de mercader, se encuentra situado en el medio entre las clases populares y la nobleza, pertenece al pueblo por nacimiento, pero está cerca de la aristocracia por su fortuna, cultura y tenor de vida, y es particularmente sensible a estas fracturas. Quiere ser siempre humilde ante sus superiores, pero quiere serlo asimismo frente a sus pares y a sus subordinados. Acepta así la admonición de un campesino, ocupado en trabajar su campo que él cruza a la grupa de un asno, besa los pies del campesino y le da las gracias por la lección. Por otro lado, adivina los pensamientos de fray Leonardo que camina a su lado mientras él monta un asno y dice para sus adentros: "No se trataban, por cierto, como pares los parientes de éste con los míos, y he aquí que él cabalga, mientras que yo, a pie, debo guiar a su asno". Francisco desciende en seguida y le dice: "No, hermano, no es conveniente que yo cabalgue mientras tú andas a pie, puesto que tú has sido más noble y honrado que yo".

Superadas las diferencias sociales, dar en el interior de la Orden ejemplo de igualdad, y en el contacto con los hombres, de adecuación a las clases más desheredadas, a los pobres, a los enfermos, a los mendigos, fue su objetivo. Y, en el seno de la sociedad secular, su aspiración fue hacer obra de paz. A los perusinos, dispuestos siempre a atacar a sus vecinos, predijo, que las discordias intestinas los minarían, y que el juicio de Dios los forzaría en forma sangrienta a buscar el bien supremo, la concordia, la "unitas". Así también en Bolonia, el 15 de agosto de 1222, según Tomás de Spalato, testigo de la escena: "Su discurso no tenía el tono ni los modos de un predicador; se parecía más bien a una conversación y no tendía más que a aplacar los odios y llevar a la concordia. La vestimenta del orador era miserable, su aspecto desdeñable, su rostro desprovisto de bellezas; pero su palabra llegó nada menos que a reconciliar a los nobles boloñeses que no cesaban de matarse entre sí desde generaciones y generaciones". En las casas donde entra comienza a hablar con estas palabras: "Paz en esta casa", y comienza su carta a todos los fieles augurándoles la "verdadera paz".

Pero ¿cómo llegar a la paz? Ante todo es preciso asociar a los laicos a la Iglesia, más que someterlos al dominio de los clérigos o afectarlos con la excomunión o con la intedicción —como la que dicta Inocencio III contra Asís en 1204—, que pierden toda eficacia por el abuso que se hace de ellas. Así es como él quiere hacer con sus hermanos, no la Orden que les sea impuesta, sino una asociación, una confraternidad en la que convivan clérigos y laicos. Por eso acepta con gusto la institución de la Tercera orden. A los nobles que dieron vida a una cultura, la cultura caballeresca, a los mercaderes que comienzan a dominar las ciudades, a los humildes que, con el trabajo o la rebelión, muestran su papel en la sociedad, a todos ellos se dirige del mismo modo que a los clérigos. Al final de la Regla de 1221 los nombra junto a los clérigos: "a todos los muchachos y los niños, pobres y ricos, reyes y príncipes, obreros, agricultores, siervos y amos, a todas las vírgenes y casadas, a los laicos, hombres y mujeres, a todos los infantes, adolescentes, jóvenes y viejos, sanos y enfermos, a todos sean pequeños o grandes, a todos los pueblos, gentes, tribus y lenguas, a todas las naciones y a todos los hombres de cualquier parte de la tierra . . ."

A todos los hombres, pues, hay que predicar el Evangelio. Pero; ¿qué es lo que hay de esencial en el Evangelio? ¿Qué es de él lo que se olvida y se traiciona? El despojo, la pobreza. Los progresos de la agricultura y la venta de los excedentes que de ella derivan, la audacia del comercio al por menor y al por mayor, esto es lo que, a causa de la seducción creciente del dinero que sustituye a las prácticas simple sde la autarquía, del trueque, difunde cada vez más la corrupción. La salvación la ha señalado Cristo en el Evangelio de Mateo, tal como lo ha comprendido Francisco en la Porciúncula: "Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y recibirás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme", a lo que se agrega otra renuncia: "Todo aquel que deje al padre o a la madre, a los hermanos y a las hermanas, a la mujer o a los hijos, las casas y los campos por amor de mí, recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna". Al abandono del dinero se agrega el de la familia, que no se halla explicada tan sólo por el texto evangélico y por las discordias de Francisco con los suyos, sino que corresponde asimismo al contexto social y mental en el que vive, a comienzos de este siglo XIII en el que las estructuras tradicionales de la familia son subvertidas y en el que se produce una especie de vacío entre la gran familia de noble linaje o de la comunidad campesina y la familia restringida que todavía no se ha restringido y que sólo comprende ascendientes y descendientes directos.

Pero frente a este tipo de solicitaciones conyunturales, ¿en qué consiste la modernidad de la respuesta de Francisco?

La cultura y la sensibilidad caballerescas que ha adquirido antes de su conversión, las lleva consigo en su nuevo ideal religioso: la Pobreza es un deber, Señora Pobreza, las Santas Virtudes son otras tantas heroínas corteses, el santo es un caballero de Dios vestido de trovador, de juglar. Los capítulos de la Porciúncula se inspiran en las reuniones de la Mesa Redonda en torno de Arturo. La modernidad de san Francisco ¿reside quizás en haber introducido el ideal caballeresco en el cristianismo, así como los primeros cristianos habían introducido el antiguo ideal deportivo —el santo atleta de Cristo— y san Bernardo el ideal militar de la caballería —la *Milicia de Cristo*? Las directivas propiamente religiosas de Francisco pueden parecer igualmente tradicionales. La tendencia eremítica remonta por lo menos a la época de estabilización del cristianismo en el siglo IV y no decae desde entonces. Francisco y sus amigos, en sus asiduas permanencias en la ermita, no difieren a simple vista de toda esa multitud de solitarios que por esos tiempos viven en las grutas, en los bosques, en las alturas de toda Italia, desde Calabria hasta el norte del Apenino. La práctica del trabajo manual se vincula con el movimiento benedictino primitivo lo mismo que con la reforma monástica de los siglos XI y XII introducida por Prémontré y Citeaux. La pobreza es, desde fines del siglo XI, la palabra de orden de todos los *pauperes Christi*, los pobres de Cristo que pululan en toda la critiandad. ¿La originalidad de Francisco consistirá solamente en haber resistido la tentación herética a la que ha cedido la mayoría de estos *pobres*? Cierto es que no faltan los que, a comienzos del siglo XIII ingresaron en los rangos de la Iglesia. En 1201, una comunidad de *humillados* ortodoxos, en 1208 los *pobres católicos* del valdense convertido, Durando de Huesca, en 1210 otro grupo de valdenses en torno de Bernardo Primo. ¿Pero qué es de la multitud de albigenses, y en la misma Italia en los tiempos de Francisco, de los cátaros que tienen un obispo en Florencia y una escuela en Poggibonsi, de los pátaros, de los arnaldistas, de los valdenses? En 1218 se realiza en Bérgamo un congreso de los *pobres lombardos*, en 1215 Milán es definida como la "fosa de los herejes", y Florencia todavía en 1227 es considerada como ciudad infestada por la herejía. Ante todo, ¿Francisco se ha arriesgado realmente a caer en la herejía? Preciso es distinguir las tendencias y las circunstancias. En unas y otras han podido darse elementos que pudieron haber conducido a Francisco a la herejía. La intransigente voluntad de practicar un Evangelio integral, despojado de todo el aporte de la historia posterior de la Iglesia, la desconfianza respecto de la curia

romana, la determinación de hacer reinar entre los menores una igualdad casi absoluta y la previsión del deber de desobediencia, la pasión por el desnudamiento llevada hasta la manifestación exterior de desnudez que Francisco y sus hermanos han practicado sobre el ejemplo de los adamitas, el lugar concedido a los laicos, todo esto pareció peligroso si no sospechoso a la curia romana. Uniendo sus esfuerzos a los de los ministros y de los padres guardianes preocupados por tanta intransigencia, la curia sometió a Francisco a presiones diversas, exigiéndole, si no abjuraciones, por lo menos renuncias que lo condujeron ciertamente, en 1223, al borde de la tentación herética. Él resistió. ¿Por qué? Muy probablemente, ante todo, porque nunca abrigó los sentimientos que, después de él, llevaron a la herejía a un sector de los franciscanos, el de los espirituales.

Francisco no fue ni milenarista ni apocalíptico. No interpuso jamás un Evangelio Eterno, una mítica edad de oro entre el mundo terreno en que vivía y el más allá del cristianismo. No fue el ángel del séptimo sello del Apocalipsis al que lo asimilaron indebidamente algunos espirituales. Las elucubraciones escatológicas heréticas de estos procedían de Joaquín de Fiore, mas no de Francisco. Pero lo que lo contuvo sobre todas las cosas, fue su determinación fundamental, reiterada sin pausa más allá de toda presión, de mantenerse a cualquier precio (y será en efecto a un precio muy caro), tanto él como sus hermanos, en el seno de la Iglesia. ¿Por qué? Indudablemente porque no quería quebrar esa nulidad, esa comunidad que tanto sentía. Y sobre todo, a causa de su necesidad visceral de los sacramentos. Casi todas las herejías medievales se pronuncian en contra de los sacramentos. Ahora bien, Francisco, en su intimidad tiene necesidad de los sacramentos, y entre ellos el primero, la Eucaristía. Para suministrar los sacramentos hace falta un clero, una iglesia. Por lo tanto Francisco, aun cuando la cosa pueda causar sorpresa, está dispuesto a perdonar todo a los clérigos a cambio de tal ministerio. En una época en que los mismos católicos ortodoxos se plantean el problema de la validez de los sacramentos suministrados por curas indignos, Francisco la reconoce y la acepta sin ambages.

Así es como ha podido decirse de él, que, junto con santo Domingo y aun con medios diferentes, ha salvado a la Iglesia amenazada por la herejía y la decadencia. Él ha realizado el sueño de Inocencia III. Por lo demás, para algunos, como para Maquiavelo, ello ha sido objeto de escándalo y de deploración: "Fueron tan poderosas sus nuevas Órdenes, que son la causa de que la deshonestidad de los prelados y de los jefes de la religión no la arruine viviendo todavía probremente y teniendo tanto crédito en las confesiones con los pueblos, y en las predicaciones, que ellos dan a entender cuán mal es decir mal del mal y que bueno es vivir bajo la obediencia de ellos, y si cometen errores dejar que Dios los castigue; y así aquéllos hacen lo peor que pueden porque no temen ese castigo que no ven y que no creen" (*Discursos*, III). Cierto es que para la Iglesia adherida a la vida mundanal, Francisco ha sido una de esas coartadas que suele descubrir periódicamente.

Este Francisco, tan ortodoxo como se ha sostenido, y más tradicional de lo que se le presenta a menudo (fue realmente un innovador? Sí que lo fue, y respecto de puntos esenciales.

Tomando y proponiendo a Cristo mismo como modelo, y no más a sus apóstoles, comprometió a la cristiandad en una imitación del Dios-Hombre que abrió para la humanidad las más altas ambiciones, un horizonte infinito.

Sustrayéndose él mismo a la tentación de la soledad para introducirse en medio de la sociedad viviente, en las ciudades y no en los desiertos, en los bosques o en los campos, rompió en forma definitiva con el monaquismo de la separación del mundo.

Proponiéndose como programa un ideal positivo, abierto al amor hacia todas las criaturas y toda la creación, anclado en la *alegría* y no en la sombría pereza y en la tristeza, negándose a ser el monje ideal de la tradición consagrado al llanto, revolucionó la sensibilidad medieval y cristiana y descubrió una primitiva alegría, pronto sofocada por el cristianismo masoquista.

Abriendo a la espiritualidad cristiana la cultura laica caballeresca de los trovadores y la cultura laica popular del folklore campesino, con sus animales, su universo natural, el maravilloso franciscano quebró las prohibiciones que la cultura clerical había impuesto a la cultura tradicional.

También aquí el retorno a las fuentes fue el signo y la prueba de la renovación y del progreso.

Retorno a las fuentes, porque no hay que olvidar que el franciscanismo es *reaccionario*. Ante la faz del siglo XIII, moderno, Francisco representa la reacción no de un inadaptado como Joaquín o como Dante, sino de un hombre que quiere, en contra de la evolución, salvaguardar valores esenciales. Tales tendencias reaccionarias pueden parecer ilusorias en Francisco, y al mismo tiempo peligrosas. En el siglo de las universidades, su rechazo de la ciencia y de los libros, en el siglo en que se acuñan los primeros ducudos de oro, su odio visceral por el dinero cudos de oro, sin odio visceral por el dinero —la Regla de 1221 en desdén por todo lo económico afirma: "no debemos encontrar ni creer que exista en el dinero una utilidad mayor que en las piedras"— ¿no es acaso una peligrosa tontería? Lo sería, si Francisco hubiera querido extender su regla a toda la humanidad. Pero justamente Francisco no entendía en absoluto transformar a sus partidarios en una *orden*, no pretendía más que reunir un pequeño grupo, una élite que actuara como contrapeso, que mantuviera despierta una inquietud, un fermento frente al ascenso del bienestar. Este contrapunto franciscano sólo ha quedado como una necesidad del mundo moderno, tanto para los creyentes como para los no creyentes. Y como Francisco, con su palabra y con su ejemplo, lo ha predicado con un ardor, con una pureza y una poesía inigualables, el franciscanismo constituye todavía hoy una "sancta novitas", según la definición de Tomás de Celano, una novedad santa.

Y el Pobrecillo queda no sólo como uno de los protagonistas de la historia, sino como uno de los guías de la humanidad.

Bibliografía

Obras de San Francisco y estudios sobre la obra:

Francisco de Asís, *Escritos completos, biografías y florecillas*, 3ª ed., Madrid, Ed. Católica; F. de Asís, *Florecillas*, Buenos Aires, Difusión; F. de Asís, *Las florecillas de San Francisco y El cántico del Sol*, Bs. Aires, Espasa-Calpe (Austral); F. de Asís, *Introducción a la vida devota*, Madrid, Atlas; J. Cambell, *Les écrits de S. F., devant la critique*, Franziskanische Studien, 1954; G. Sabatelli, *Studi recenti sul Cantico di Frate Sole*, "Archivium Franciscanum Historicum", 51, 1958.

Biografía moderna y estudios de conjunto:

P. Cuthbert, *Vida de San Francisco de Asís*, Barcelona, Ed. Vilamala; O. Englebert, *Vida de San Francisco de Asís*, Bilbao, Desclée de Brouwer; V. Facchinetti, *San Francesco d'Assisi nella storia, nella leggenda, nell'arte*, Milán; P. Gratien, *Histoire de la fondation et de l'évolution de l'ordre des frères mineurs*, París; J. Jörgensen, *San Francisco de Asís*, Buenos Aires, Latinoamericana; L. Salvatorelli, *Vita di S. Francesco d'Assisi*, Bari; L. Salvatorelli, *Movimento Francescano e Gioachimismo. La storiografia francescana contemporanea*, X Congr. Intern. de Ciencias Históricas, Roma, 1955. Relación III.

Ensayos:

E. Delaruelle, *Storia del Medioevo*, Florencia; V. Facchinetti, *Iconografia Francescana*, Milán; H. Focillon, *Saint François d'Assise et la peinture italienne au XIIIe et au XIVe s.*, "Moyen Age: survivances et réveils", Montreal, 1945.

San Francisco y la historia religiosa del medioevo:

E. Buonaiuti, *La prima Rinascita. Il profeta: Gioacchino da Fiore. Il missionario: Francesco di Assisi. Il cantore: Dante*, Milán; M. D. Chenu, *L'expérience des Spirituels au XIIIe siècle*, "Lumière et Vie", Nº 10, 1953.

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

LOS HOMBRES Darwin
Pietro Omodeo

LOS HOMBRES Gandhi
Giorgio Borsa

Publicación semanal



Periódicamente - y por una suma muy accesible - Ud. podrá canjearlos por magníficos volúmenes encuadernados.

Están en venta todos los números anteriores para formar la colección completa.

Conserve y coleccione los fascículos de

LOS HOMBRES de la historia

en perfecto estado*

Precio de venta

ARGENTINA: $ 120.-
BOLIVIA:
COLOMBIA: $ 7.-
COSTA RICA:
CUBA:
CHILE:
REP. DOMINICANA:
ECUADOR:
EL SALVADOR:
GUATEMALA:
HONDURAS:
MEXICO:
NICARAGUA:
PARAGUAY:
PERU:
PUERTO RICO:
URUGUAY: $ 90